

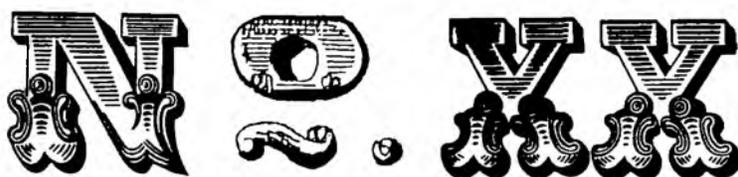


EL
CARDÓ
DE
BRONCE

CUADERNOS DE POESIA Y PENSAMIENTO

TOMELLOSO

EL CARDO DE BRONCE



Cuadernos de Poesía y Pensamiento al cuidado
de Tomás Casero Becerra, Leopoldo Lozano,
Manuel Moreno y José Vicente Galera.

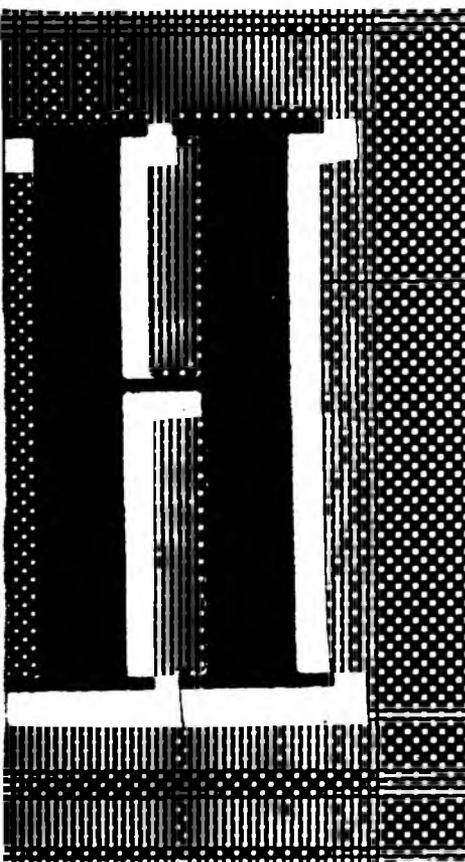
Director: Valentín Arteaga, Ardemáns, 30,
Tel. (91) 726-24-22, 28028 MADRID.-

Redacción y Administración: Ciudad Real, 29
Tel. (926) 51-10-84, 13700 TOMELLOSO.- (Ciudad
Real).

2ª. época, año VIII, nº. XX, diciembre de
1993, Depósito Legal, Ciudad Real, 832/85.

Imprime: Imprenta Provincial, Ciudad Real

presentación



abr  que intentar querer salvarse todavía. Si no
 para qué resistimos alucin ndonos, por estas trochas,
con los cardos en flor? El día en que, por esta
Mancha general, se amarillen en exceso las cardenchas,
nos quedaremos sin otoño aun. La aventura es asunto
de seguir aunque, cada vez más, nos sintamos
irremisiblemente solos los poetas. Reflexionemos
sobre la vida y la muerte en la obra de Federico
Gallego Ripoll, puesto que - cu ndo ocurrió?- nos
escribió una tarde mendigando la levadura y los
panes de la resurrección. Cada "Cardo de Bronce"
intenta querer salvarse todavía. Seguro, compañero,
que nos salvamos, vaya si no. Por las lindes de
la Mancha madrugamos todas las mañanas cada vez
más temprano. Sobre el horizonte la sombra de Caín
ilumina todas las auroras. Debiese la muerte
desaparecer porque, a Dios gracias, continuamos
siendo tímidos. Recuerden el primer número de nuestros
cuadernos. Los poetas que nos tomamos en serio
la poesía estamos a favor de la esperanza. Pero
a veces, desde que el mundo se asoma con timidez
a sí mismo, no hay manera de conseguir alejarse,
exiliarse o repatriarse, de la tragedia, del dolor
sin fondo de existir, de ser o estar. Para una
minoría de solitarios, -los poetas verdaderos parece
que estuvieran condenados a no encontrar compa a
suficiente- dijérase que la poesía no es sino un
grito de auxilio, una lamentación jamás escuchada.

Los poetas últimos vuelven al principio. Como si el meterse en los
escondrijos de la palabra exigiera partir todas las mañanas a "la
patria que nunca tuvo estatuas". Hombre, "eres un bosque sin edad
a donde el sol no llega". "Pronuncio el pozo para acallar la sed".
 Qui n, de los que aquí resistimos todavía, es Caín o es Abel? Misterio,
misterio, porque "nadie ech  de menos las risas de los niños", y
Dios es "como un albaricoque que empezase a pudrirse".

Jamás los poetas solos se han preguntado tanto por las
esencias.  Asistimos al fracaso general? Dicen, dice Federico Gallego
Ripoll, que "a contraluz de Dios, la ausencia de Dios mismo tembl 
como una niña en la terraza".  Era el octavo día!  A qué día estamos
hoy en la poesía contemporánea? Federico ha publicado ya los siguientes

libros: "Poemas del Condottiero" (1981), "Libro de las metamorfosis" (1985), "Crimen pasional en la plaza roja" (1986) y "Escrito en no" (1986), a los que hay que añadir "Caín" (Ediciones Libertarias, Madrid, 1990), y "Tratado de arquitectura", (Biblioteca de Autores Manchegos, Ciudad Real, 1991). Su poesía se va configurando cada vez más como un destino, no como opción, ni como camino que nos salga al paso casualmente. ¿Habrás que apostar, pues, contra la nada? ¿Digamos que la fatalidad ha plantado su tienda entre los hombres? Respuesta: Acostúmbrase, por lo tanto, el personal al escepticismo, la tristeza y la soledad. Acaso no existan más opciones. Gallego Ripoll había ya gritado: "Deja el cirio encendido...". "No vuelvas la cabeza...". "Arrasaré las rosas, desgranaré graneros y después el silencio será. Como al principio...". Lo hemos dicho más arriba: los poetas de ahora no miran con esperanza a ningún mañana. El cuchillo de la existencia "dejó encinta a la carne, y la carne se abrió como una niña indolente y vencida tras la siesta". Oye, tú, amigo, quien seas, tú, el que lees, escucha: "Estás a punto de girar la cabeza, de anclarte en este instante, consciente de lo poco que vale una mirada, de lo mucho que rompe".

La poesía, si para algo sirve aún, vale para continuar preguntándonos por lo esencial. Pero el nudo de la cuestión, sin embargo, está en poder saber qué es lo esencial y si es posible encontrarlo por la palabra, por esta sublime aspiración -inevitable- a la belleza, a la sintaxis ardiendo, al surrealismo que, pese a todo, sigue arañando la conciencia, aunque "es tan de cristal el aire como si no existiera. La golondrina no se atreve a levantar el vuelo. Teme estrellarse contra las estrellas. Teme chocar de frente contra su antigolondrina en el espejo".

Convengamos, si así parece, que la poesía es un destino, y la belleza -esa apariencia- terriblemente cruel, por inútil. En ese supuesto, hay que escribir necesaria e imperiosamente como escribe Federico. También hubiera sido posible, desde otra vertiente y en otros contextos que no fuesen los de la increencia, hoy generalizada, escribir, verbigracia: "Abel es crucificado en primavera". Hablamos de esto con Federico una tarde lejana ya en el tiempo. Lo que de veras sucede, metidos en la hermenéutica bíblica, es cuanto sigue: Abel, al cumplirse los tiempos, ha resucitado,, y ahora, compañero, a pesar de todo, es primavera. En los "Poemas del Condottiero" Gallego Ripoll había escrito: "No grites. Es lo mismo. No te oirán ni los lagos, ni los cerros, no el mimbre de las cestas, ni el salitre del borde de la playa, ni el brillo de las últimas trompetas, ni el airado bedel del Ministerio, ni el niño que aprendió a sumar quebrados, ni el mosto fermentado en las tinajas, ni el rabino, ni el papa, ni el profeta". Pero también: "Lo que piensas tambor del enemigo sólo es tu corazón que está cansado".

Es evidente el cansancio de la poesía. Poesía de la indigencia o del silencio, se ha dicho por múltiples y diferentes voces autorizadas. Debemos aguardar, desde el momento y hora en que se cumpla el aserto neotestamentario que "la esperanza no defrauda", que Caín no continúe matando a Abel. Sobre la vida y sobre la muerte, he aquí las coordenadas de la poesía escalofriantemente bella de esta hermosa tierra sin orillas por la que navegamos intentando querer salvarnos todavía.





sumario

TRADUCCIONES:

Dimitris Caridis, por Fernando Ruiz de Osma.

ESTUDIOS:

"Dos meditaciones sobre Fray Luis de León", por Fcº. Javier Campos.

POEMAS DE:

Vicente Cano, José Carlos Cómitre Herrera, Lázaro Domínguez Gallego, Marcelino García Velasco, Patrocinio Gil Sánchez, Luis Ernesto Gómez Arévalo, Cecilio Lago González, L. Martín Cuesta, Manuel Moreno, Manuel Naranjo, José Repiso Moyano, Miguel Angel Romero Dorado, Pedro Sevilla Gómez, Fernando Villalobos González.

NARRACIONES:

"Viaje de vuelta", de Nicolás del Hierro.

"La anestesia del Bronx", de Pablo Hermida Lazcano.

PLIEGO DE POESIA:

"Llanto por un amigo enamorado", de Antonio González-Guerrero.

VASAR Y EMPOTRO:

"El éxtasis gozoso de Valentín Arteaga", por Antonio González-Guerrero.

SIETE LIBROS ALINEADOS EN NUESTRO VASAR:

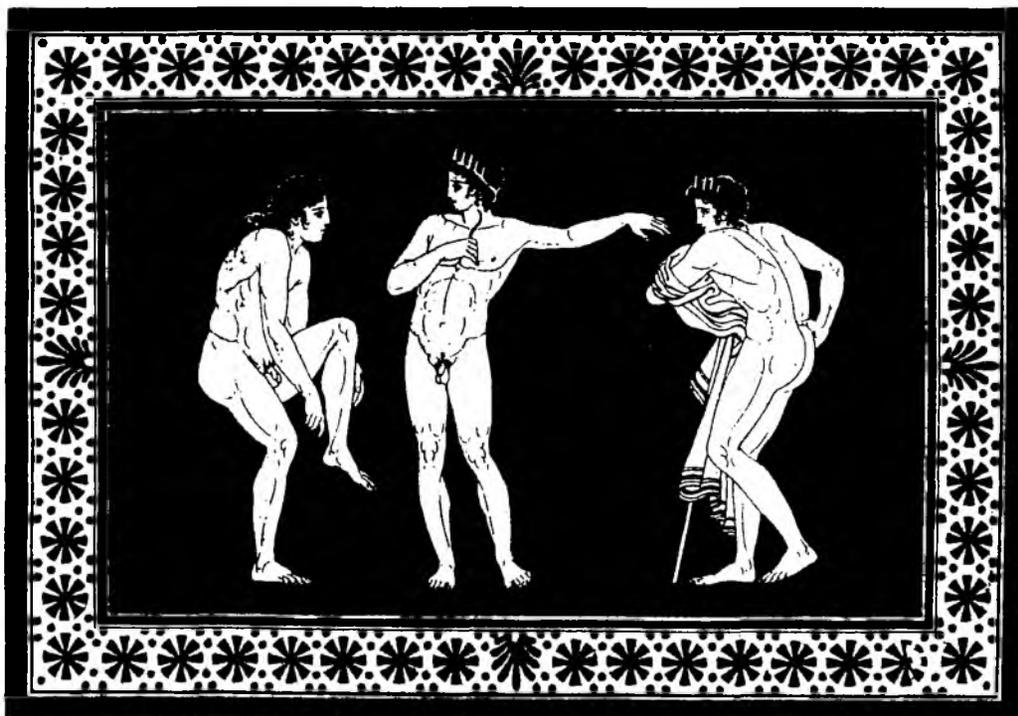
"Sentimiento", de José Repiso Moyano, "Le insidie delle terme e altre poesie". de José de Miguel, "Fisterra", de Juana Castro, "Razones son de entendimiento", de Francisco Toledano, "El horizonte de la noche", de Juan Antonio Marín, "Luna esplendente o sol que nos oculta", de Ada Soriano, "Los silencios del fuego", de Antonio Colinas. Por Manuel Moreno

traducciones

DIMITRIS CARIDIS nació en Etiopía en el año 1962. Poeta de origen Corcireño, estudió Teología en Tesalónica. En 1989 publicó una antología poética titulada "Amores" en la editorial Pórfira.

En su poética destaca la capacidad que presenta para crear universos irreales, poblados de imágenes cercanas al surrealismo. El eje temático de su poesía es el conflicto de su mundo interior, en donde no hay lugar para la relajación. Esta crispación confiere a toda su poesía una enorme tensión expresiva que sin embargo refleja en un estilo rigurosamente conciso y en un griego claro y directo.

(Traducción y nota de Fernando Ruiz de Osma)



Ερχεσαι πανω στα μαλλια σου. Με σαπιο με
χαιδευεις χειρι. πολεμουν τα ονειρα κατω απο τα
βλεφαρα. Η μερα ολισθαινει στο αριστερο αυτι.
Υγη. Κινει το σωμα η συγκινηση. Τις εικονες σου
σκεπαζω με δακρυα. Πρωι απο το χτυπο των
βλεφαριδων δονειται το σπιτι . Σφυζω απο θανατο.

Llegas arriba de tu propio pelo. con putrefacta / mano me
acaricias. Luchan los sueños bajo los / párpados. El día se
desliza por la oreja izquierda. / Humedad. Mueve al cuerpo el
movimiento. Tus imágenes / cubro con lágrimas. Temprano, por el
golpe de las / pestañas, se sacude la casa. Palpito desde la
muerte.



Κρατας τα νηματα και κατευθυνεις το σκοταδι-
ολη τη νυχτα με τι τρεφονται το αστερια;
Εγω πεινω και τρωω τη ρυπαρη σιωπη μου.

Tienes los hilos y enderezas la tiniebla / Toda la noche, ¿de qué
se nutren las estrellas? / Yo tengo hambre y como mi silencio
sucio.

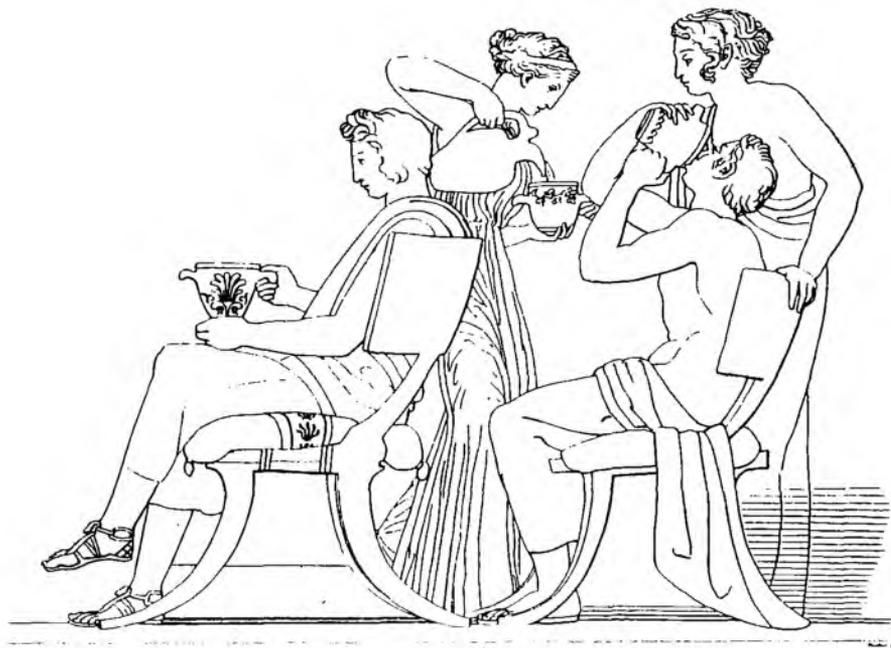


Ε

Μη το μυδι του ερωτα, μη το οστρακο στήθος. Μη
ποντίζεις τη γλώσσα στον αιχμηρο τρομο. Η
επιθυμία για θάνατο. Μη λοιπον.

Καταπινω τα ξυραφια του Μη. Με μαστιγια δακρυα
επισκευαζω τοπια -γαντζωμενο στα δαση του Θεου
το ακιστρι-. Μη. Υποψιαζομαι τον φθορισμο των
πτηνων και . Αιωνια φωτα, μη περιμενετε, αγεννητα
στη ραγδαια διαχυση υπολογιζοντας. Μη.

No la concha del amor, no el pecho duro. No / ancles la lengua en
el terror punzante. El / deseo de la muerte. No, en fin. / Bebo y
bebo las navajas del No. Con lágrimas de látigo / yo preparo
paisajes -enganchado en los bosques de Dios / el anzuelo-. No.
Intuyo la destrucción de los / pájaros también. Eternas luces, no
esperéis, nonatas / en la expansión violenta calculando. No.



Και τώρα τι ζητώ στα χαμομηλία μπερδεμένος
σαν μια τυφλή χρυσομυγα που αργοπεθαινει;
Επεσαν κ• οι τελευταίοι θύσανοι ματιών
εκλιπαρώντας τη σελήνη.

Επιστρέφω μέσα στην ακραντή νύχτα με τρένο
επιστρέφω μανιταρι και μεδουσα καιγοντας

μπαλλες μικρες ξεθωριασμενο αιμα,
τα μαλλια και τα φλαουτα των νεκρων-
φλεβες που κυκλωνουν το σπιτι.

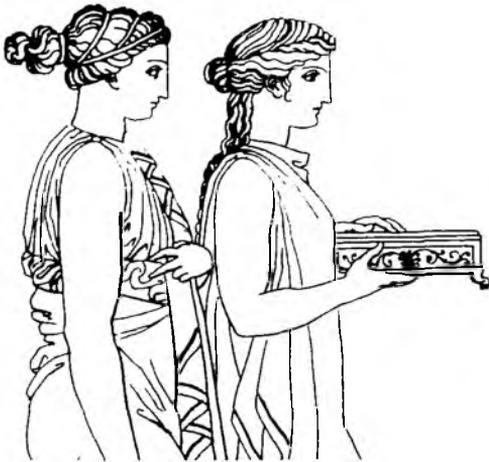
Pero ahora ¿qué busco entre las margaritas / como un ciego
abejorro que agoniza? / han caído además las últimas crestas de
los ojos / suplicando a la luna. / Regreso por la noche immaculada
en tren / regreso seta y medusa ardiente. / pelotitas de sangre
sin color, / el pelo y la flauta de los muertos- / venas que
circundan la casa.



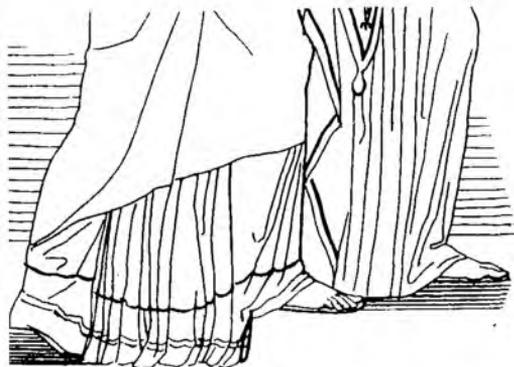
Εχεις μια θηκη που μυριζει αναχωρηση
κι αποψε βρεχει κυτταρα με ολοκληρα τα ματια.

μεσα στις παρενεργειες και τα φασματα του ποθου
μεσα σε συντριβες κι αποστροφες κι επαναληψεις
Μεσα απο ομιχλη και νερα ανεωχθεντων ταφων
με το τυφλο φουστани των μαρσιποφορων
στο γαλαξια εμφανιστηκε η Ελενη

σαν αφορετο ρουχο, σαν χαμογελο χλοης
παραδομενο στη λαγνεια των ασωματων.



Tienes un estuche que huele a despedida / y hoy cae lluvia de
células con los ojos completos. // por dentro de las fuerzas y
espectros del anhelo / por dentro de quebrantos y de rechazos y
reiteraciones / desde dentro de nieblas y aguas de tumbas / con el
vestido ciego de los marsupiales / en la vía láctea se apareció
Elena // como ropa de estreno, como sonrisa de la hierba, /
entregada a la lascivia de lo incorpóreo.



Θα μεινω μονος

Θα μεινω μονος
ν• ακουω το δεντρο
που μεγαλωνει
ν• ακουω τη θαλασσα
που ξεδιπλωνεται στην πετρα

Θα μεινω μονος
σκια που αγρυπνα στο ρουχο
οταν βρεχει πυροξανθα ματια
και οι ενοχοι σωπαινουν

Θα μεινω μονος
στο βυθο ενος ποταμου
να βλεπω τα μαρτυρια της ροης
να χαιρομαι το φοβο των πνιγμενων



Quedaré solo / por escuchar el árbol / que va creciendo / por
escuchar el mar / que se duplica en la roca. // Quedaré solo /
sombra que vela entre la ropa / mientras que llueven ojos
fulgurosos / y los culpables callan. // Quedaré solo / al fondo de
algún río / por observar la pena de su flujo / por alegrarme con
el miedo de los ahogados.

A

Όταν ανοίξουν μετά από χρόνια και πάλι τα
 σαβανά της νυχτας, μεθυσμένη απογνώση
 μεταφέρει με από το σπυτι μου μεσουράνα. Ματια,
 βροχές, τυλιγόντας, κρυβόντας εχυνδες, σαπιες
 σκιες. Ουτε μουσική, ουτε ερωτες στους βραχους
 μονο μεσονυχτη γρυλλίζοντας εναντια στο βαθυ
 ανεμο, στην πληξη των λεωφορων. Ψηλοκορμη
 ερημια κατ• επανω στο γαλαξια ψεκαζόντας σκοταδι
 -την ευαισθησια του χρονου- τρομαγμενα αστρα,
 πεινα και απειλες. Ειμαι ορθιος εναντια στον ταφο
 μου, θνητος εναντια στη ζωη. Θεοκλειστο συμπαν
 απο που πεσανε αυτα τα χερια κι απο που αυτο το
 υγρο φως. Γκρεμισμενο υψος. Φτερουγίζουν
 σφαγμενες φωτιες με το ονομα μου στα χειλη.
 Τραγομορφος, αμιλητος, σαν ηλιος φευγω απο
 σιωπη σε σιωπη. Στο ονειρο φτανω
 σκαρφαλωνόντας, κραζόντας απο το βαθος της
 αβυσσου: „Μη με εκθετεις στη βιαη αιωνιοτητα„.



Cuando se abran otra vez después de años los / sudarios de la
 noche, ebria revelación / llévame desde mi casa hasta lo alto.
 Ojos, / lluvias enroscándose, víboras ocultas, putrefactas /
 sombras. Ni música ni amores en los brazos. / Sólo medianoche
 gruñendo frente al viento / profundo, al fastidio de los
 bulevares. Leve / soledad bajo y sobre la vía láctea destilando
 tiniebla / -la sensibilidad del tiempo- estrellas asustadas /
 hambre y amenazas. Estoy de pie frente a mi tumba, / mortal frente
 a la vida. Universo clausurado / de donde cayeron estas manos, de
 donde esta / húmeda luz. Cumbre arrojada. Aletean / luces
 degolladas con mi nombre en los labios. / Con aspecto de cabra,
 silencioso como sol, voy de / silencio en silencio. Al sueño llego
 / trepando, gritando desde el fondo del / abismo: "No me expongas
 a la eternidad violenta".



estudios

DOS MEDITACIONES SOBRE FRAY LUIS DE LEON

A Eladio Cabañero,
buen lector de Fray Luis.

LECTURA URBANA DE FRAY LUIS DE LEON



IV centenario de la muerte del Maestro León, en Madrigal de las Altas Torres, pocos días después de finalizar el capítulo que la provincia agustina de Castilla había celebrado en aquella ciudad y en el que había sido elegido prior provincial.

Los investigadores escudriñarán por archivos y en ediciones antiguas para aquilatar conceptos y completar lagunas; los profesores explicarán el valor de la lengua, los temas y sus tratamientos, los antecedentes y las influencias; los alumnos estudiarán lo justo para aprobar; los comentaristas aclararán pasajes, relacionarán texto y contexto, persona y circunstancias; pocos poetas leerán sus obras porque este fraile no es posmoderno ni escribe con sentido profundo y verso libre. hasta los alimentadores de la cultura de masas dedicarán unas páginas, con ilustraciones, en los suplementos literarios de los diarios. En Belmonte, el Ayuntamiento y la Comunidad Autónoma de Castilla-La Mancha aprovecharán la ocasión para hacer algo; también los agustinos. Bien está.

Nosotros nos acercamos a Fr. Luis en solitario, desnudos de estudios lulianos y aparato bibliográfico; como un español en vísperas del 92 y habitante de la ciudad secular, que sin embargo relee y sueña con el mundo poético frailuisiano. Reflexión personal, pero no aislada, por auténtica; mitad soliloquio, mitad confesión, por sincera; discurso del pensamiento y manifestación de los sentimientos. Meditación y examen. Sencillamente lo que dice Fray Luis.

*¡Qué descansada vida
la del que huye de mundanal ruido,
y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!*

¿Dónde está ese mundo sin ruido? La soledad es sonora y abigarrada de imágenes. En el claustro de nuestro yo íntimo hemos violado y despreciado, hemos fraguado venganzas y maquinado

humillaciones; hemos soñado con ser superhombres. El silencio es traicionero cuando no es silencio religioso; la soledad es estéril cuando no es soledad creadora. Entonces, ni es silencio, ni soledad, porque estás en diálogo con Dios o con la inspiración.

El ruido está junto a nosotros. En la calle hay ruido, en la ciudad hay ruido, en el campo hay ruido; el mundanal ruido está en nosotros. Nosotros somos nuestro propio ruido.

El sabio se aparta del ruido cuando se aleja de sí; la sabiduría es encontrarse con el amor que fecunda el corazón con la luz que ilumina la inteligencia, con la paz que llena el espíritu. Esas realidades florecen en los otros campos; salir a buscarlas, trabajar hasta que maduren, es el secreto del sabio. Pero es secreto a voces porque basta meterse dentro de sí para descubrir la senda.

*Que no le enturbia el pecho
de los soberbios grandes el estado,
ni del dorado techo
se admira, fabricado
del sabio Moro, en faspes sustentado.*

La sabiduría produce humildad porque la razón muestra las limitaciones del conocimiento. El necio busca escalar puestos, solicitar prebendas, exigir honores; el prudente, en cambio, sólo acepta como recompensa el fruto de su trabajo; mientras el primero se esclaviza, el segundo se libera. Si amas la vida sencilla comprenderás que los palacios son cárceles de necios que compran tesoros artísticos porque carecen de valiosas obras personales.

*No cura si la fama
canta con su voz nombre pregonera
ni cura si encarama
la lengua lisonjera
lo que condena la verdad sincera.*

Si eres objetivo, tú serás tu mejor crítico; renuncia a una obra con cuyo contenido no estés satisfecho. No des por concluida la obra sin haberla terminado de pulir en el yunque de la creación, doliéndote de los golpes, pero alegrándote, porque con el sufrimiento creador se purifica la obra y se perfecciona el resultado final.

Después, no busques la crítica del amigo o del arribista; pagarán con adulación su compromiso y su interés, y tu vanidad habrá adquirido una deuda que su avaricia cobrará con interés crecido el precio que tu obra no merece. Si permites que te digan los fallos en público, tu obra no cambiará, sin embargo tú habrás madurado. Y el artista, antes de nada, es hombre.

*¿Qué presta a mi contento
si soy del vano dedo señalado?
¿Si en busca deste viento
ando desalentado
con ansias vivas, con mortal cuidado?*

La satisfacción por la obra hecha -y bien terminada- es el mejor premio del trabajador. Y todos somos obreros de nuestras propias acciones. Habrás de remar algunas veces cara al viento para saborear, otras ocasiones, el placer de la brisa cuando impulse tus velas mar adentro, abriendo caminos a la libertad.

Después de amarrar tu barca al noray del puerto no escuches los comentarios de los viejos marineros. La impotencia y la vejez crean fantasmas, y desfiguran la realidad.

*¡Oh monte, oh fuente, oh río,
oh secreto seguro, deleitoso!
Roto casi el navío,
a vuestro almo reposo
huyo de aqueste mar tempestuoso.*

Y cuando no puedas soportar el paso de los días y el peso de las horas, huye al campo y despójate de todo cuanto eres, de todo cuanto tienes, de todo cuanto sabes. Hazte uno con la naturaleza, sintiéndola; únete a ella como amante. Deja que los olores, los sonidos, los colores, te envuelvan, te inunden, te purifiquen. La brisa del atardecer te convidará a una unión mística. Acepta la invitación porque la experiencia no puede ser descrita, pero su realidad marca una huella indeleble.

*Un no rompido sueño,
un día puro, alegre, libre quiero;
no quiero ver el ceño
vanamente severo
de a quien la sangre ensalza o el dinero*

La tranquilidad sólo es posible cuando tu yo, limpio de todo deseo, de todo orgullo, de toda aspiración, de toda vanidad... sea capaz de estar sin sentir, de ser sin padecer; la armonía sólo es posible cuando tu yo, desasido de tí mismo, encuentra acomodo en cada uno de los términos de la contradicción.

En la medida que añadas afanes a tus días, restas paz a tu espíritu; cuando te ocupas por ser, te esclaviza el tener. La realidad del proyecto de la mañana siguiente se consigue con el insomnio de la noche anterior.

*Despiértenme las aves
con su cantar suave no aprendido;
no los cuidados graves
de que es siempre seguido
el que al ajeno arbitrio está atendido.*

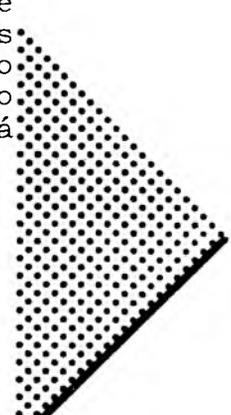
Sin embargo, la voz crítica, espolea, y el consejo amigo, estimula; hay momentos en que su acción objetiva refuerza nuestro ser y su destino, así, aquí y ahora.

Educa tu voluntad para que los sentimientos interfieran entre tu ser y tu estar. Cuando das a cada día su afán, acortas la distancia entre tí y tu ideal, haciendo que el ser y el deber ser sean dos secuencias de la misma realidad.

*Vivir quiero conmigo,
gozar quiero del bien que debo al cielo,
a solas, sin testigo,
libre de amor, de celo,
de odio, de esperanza, de recelo.*

Cuanto más te busques a tí mismo, más seguro caminas al encuentro de la sencillez; cuanto más te esfuerces por aceptarte como eres, más pronto llegarás donde quieres ir; cuanto más trabajes por lograr el futuro, antes llegará tu mañana. De esta forma, estando en sosiego contigo mismo y en paz con los demás, el orden será cimiento de tu existencia, principio de esa armonía. Y la verdad no estará lejos.

*Del monte en la ladera,
por mi mano plantado, tengo un huerto,*



*que con la primavera
de bella flor cubierto,
ya muestra en esperanza el fruto cierto.*

Deja de vez en cuando el despacho, los libros, el ordenador. En la naturaleza vas a encontrar muchas veces respuesta segura al tema que tienes entre manos; los paseos por el campo van a devolver el sosiego que permita ver mejor y llegar antes a la solución del problema que te preocupa. La pradera, las flores, el cielo, la montaña, la aves, el mar... piezas estupendas para reparar la morada de tu espíritu derrumbado.

*Y como codiciosa
por ver y acrecentar su hermosura,
desde la cumbre alrosa
una fontana para
hasta llegar corriendo se apresura.*

Agua. Tranquila o removida, remansada o corriente, caudal o agitada. Agua que fecunda, que nutre, que sacia. Agua que lava, que limpia, que purifica. Agua de manantial o fuente, de río o lago. Y el mar. Aguas claras. Agua de lluvia o rocío, en torrente o cascada, por surtidor o acequia. Agua, que por algo el espíritu de Dios se cernía sobre ellas al principio de todo.

*Y luego sosegada,
el paso entre los árboles torciendo,
el suelo de pasada
de verdura vistiendo
y con diversas flores va esparciendo.*

Tierra redimida por el agua, labios saciados por el agua, manos limpias por el agua, sienes refrescadas por el agua... naturaleza fecundada por el agua. Nacen las flores, torna la calma, llegan los frutos. Y el agua corriendo camino del mar, va repitiendo el milagro de la vida. Agua viva, también, que brote para la vida eterna.

*El aire el huerto orea
y ofrece mil olores al sentido:
los árboles menean
con un manso ruido,
que del oro y del cetro pone olvido.*

Sentido activo del aire, hijo del Cielo y de la Tierra, como el viejo Bóreas, Cierzo o Aquilón (Norte); dulce, suave y benéfico, como el sereno Céfito o Favonio (Oeste), y sus hijas las Brisas; tormentoso y pasional como el cálido Noto, Abrego o Austro (Sur); el Euro, hijo favorito de la Aurora, amante de la naturaleza, precursor del sol, enamorado de la vida. Y el veloz Eolo, hijo de Hipotas, señor y guardián de los demás en la gruta de Eolia.

Ellos llevan y traen pensamientos, castigan a sus enemigos, acarician y besan a sus amantes, inspiran a los artistas, vengan a sus amigos, transportan sonidos y simientes, alejan las pasiones, limpian el corazón, despejan la mente. Andrónico Cynesteeo plasmó en el monumento levantado en el ágora de Atenas la sensibilidad de un pueblo por estos espíritus alados.

*Téngase su tesoro
los que de un falso leño se confían;
No es mío ver el lloro
de los que desconfían
cuando el cierzo y el abrego porfían.*

No reduzcas la vida a blanco o negro; no clasifiques a los hombres en buenos o malos; no conviertas la experiencia en positiva o negativa. Los artistas saben de matices sobrecogedores, de intermedios deslumbrantes y de tonos sorprendentes.

Sé flexible por naturaleza, firme por convicción y tenaz por principio; luchador cuando haga falta y el primero en fimar la paz.

*La combatida antena
cruje, y en ciega noche el claro día
se torna, al cielo suena
confusa vocería,
y la mar enriquecen a porfía.*

Ante un dilema suspende el juicio; es necesario encontrar la tercera vía, que existe, y no te acostumbres a obrar por alternancias disyuntivas. De la lucha de opuestos sólo viene el caos; al caos le sucede la confusión. Caos y confusión engendran el desorden.

Herida la paz, violado el equilibrio, rota la armonía, ¿Dónde buscar el sosiego? ¿Cómo conseguir el ritmo? ¿Cuándo recuperar el equilibrio?

*A mí una pobrecilla
mesa de amable paz bien abastada
me baste, y la vajilla,
de fino oro labrada,
sea de quien la mar no teme airada.*

La paz es el bálsamo con que untas las heridas en noches dollientes de días desesperados; La paz es la brisa que nos abraza con suavidad cuando los hombres han pisoteado nuestro interior; la paz es la adecuación de la conciencia con los proyectos de vida y su realización.

Danos tu paz porque duelen las heridas; por la noche, angustia y miedo nos acercan; inquietudes y amenazas nos acompañan de día, y sentimos como liberadora la invitación de la violencia.

Queremos la paz, necesitamos la paz, nos urge la paz. Tu paz, Señor, la esperamos.

*Y mientras miserable-
mente se están los otros abrasando
con sed insaciable
del peligroso mando,
tendido yo a la sombra esté cantando.*

Acepta las distinciones que llegan como una consecuencia más de tu trabajo y de tu esfuerzo; cuando las busques, estarás comprando cadenas.

Rechaza los honores que no hayas conquistado por tus méritos personales y, aún éstos, deposítalos en el desván del olvido.

No busques el triunfo en vida; la gloria es el precio de la muerte, y tienes toda una eternidad para gozarlo.

*A la sombra tendido,
de hiedra y lauro eterno coronado,
puesto el atento oído
al son dulce acordado,
del plectró sabiamente meneado.*

No formar parte de ningún cortejo no significa estar contra todos, sino conservar la independencia para apoyar en cada ocasión la posición más próxima a la verdad.

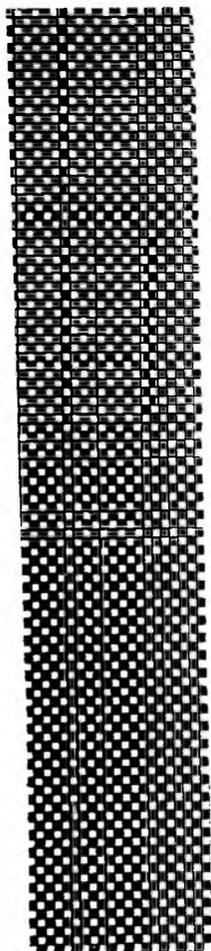
Si luchas porque nadie te ate a nada, debes ser atento centinela de tí mismo.

* * * * *

¿De quién habla Fr. Luis? ¿A quién se dirige? Programa humanista para el hombre del renacimiento; proyecto clásico para el hombre horaciano. Ideal de ser, modelo de existir; camino de la razón, meta del sabio. Sendero angosto, sin embargo, porque los hombres llenamos pronto las alforjas de orgullo; la envidia ciega nuestro corazón, la incuria abrasa las esperanzas y el esfuerzo se ahoga inundado por la rutina.

El Ser-Yo ha pasado de problema metafísico a realidad estadística, política y económica, como sujeto repetido que vota en las elecciones, consume manufacturas y vive una existencia programada. De tarde en tarde se le permite soñar, porque reduce la presión de la máquina social y mejora el rendimiento productivo.

Fray Luis de León soñó lo que no fue y diseñó una existencia que no encarnó. Su lectura, hoy, mantiene encendido el rescoldo de la utopía y permite la evasión del hombre urbano que apenas puede soñar.



II

LECTURA ATONAL DE FRAY LUIS DE LEON

"Si amas el orden has de volver a la poesía"

(San Agustín, De Ord., I,8.24)

La contradicción ha sido forma frecuente de actuación en los hombres poseedores de una fuerte personalidad, y también en aquellos que atraviesan una etapa sobrecargada de tensiones. Aunque la oposición en el actuar del protagonista y la desconformidad que observa el espectador es real y cierta, sin embargo, sólo es aparente o formal, porque el autor encuentra su comportamiento homogéneo y lineal, fruto de una existencia ajustada a un canon. El es lógico y actúa desde su situación; al espectador le faltan datos, por eso yerra en su interpretación de lo que ve. Dentro de la persona, donde se fragua su ser, es también donde sentimientos y pasiones, creencias y razones, moldean al ser humano; allí se encuentra el ser original de cada uno. Lo de fuera, sólo es reflejo, vestigio.

Se nos ha dicho que fray Luis de León fue contradictorio entre su ser y su decir, su sentir y su actuar, su vida y sus escritos; quizás el error venga de los que aferrándose a la apariencia, quieren convertirla en categoría única de interpretación válida. Porque amó la poesía, y a ella tomaba como a un manantial primigenio y regenerador, necesitaba el orden, y en un buscador de la armonía no puede haber contradicción, antes bien, el ritmo y el equilibrio serán sus consejeros.

De nuevo -provocador e insolente- nos acercamos solos a fray Luis de León para adentrarnos en su lógico decir y escuchar lo que él siente.

*El aire se serena
y viste de hermosura y luz no usada,
Salinas, cuando suena
la música estremada
por vuestra sabia mano gobernada*

La escuela de Viena está limpiando los sonidos, porque a la escala temperada se le ha oxidado la tonalidad, uniéndose indisolublemente -matrimonio canónico- a una estructura pentatónica, y creyendo que toda la armonía posible es la proveniente de la jerarquía sonora impuesta cuando la tonalidad tenía el monopolio legislativo de la estética.

El temperamento está limando las diferencias entre el semitono diatónico y cromático, y Schoenberg cabalga por las escalas, modificando los intervalos acústicos, según la intensidad del frenazo del tranvía que tiene parada junto a la Galería Albertina.

*A cuyo son divino
el alma, que en olvido está sumida,
torna a cobrar tino
y memoria perdida
de su origen primera esclarecida.*

En el pergamino que trae Uriel viene escrito el destino. Dime, arcángel, tú que eres "la luz de Dios", ¿Cómo salir de sombras que se ciernen sobre mis días? Tu que gobiernas el sol, ¿Cómo recuperar el color y sus matices que forjaron mi espíritu en las praderas de la eterna primavera? Tu que narras la creación, ¿Cómo volver a la armonía primera que todos hemos vivido, y que todos hemos perdido?

*Y como se conoce,
en suerte y pensamientos se mejora:
el oro desconoce
que el vulgo vil adora,
la belleza caduca, engañadora.*

Necesitamos el conocimiento para llegar a la verdad; buscamos el orden para disfrutar del bien; nos urgen la armonía para saborear la belleza... y mientras, los hombres reivindican mejoras salariales, reducción de jornada, sociedad igualitaria, porque dicen que estamos en los umbrales de la civilización del ocio, de la saciedad, de la desilusión. Conocemos para llegar a ninguna parte; venimos apresurados de ningún lugar. Y nuestras alforjas siguen vacías porque en el camino sólo hemos encontrado a un profeta que regalaba discursos, y hemos desconfiado porque eso no lo anuncian en televisión.

*Traspasa el aire todo
hasta llegar a la más alta esfera,
y oye allí otro modo
de no perecedera
música, que es la fuente y la primera.*

Volver es programa del hombre inteligente; releer es tarea del hombre instruido; revisar es método del hombre científico. Y el historiador bucea en el pasado para entender el presente. Sólo el necio, por insensato, desconfía del pasado y desprecia el ayer; por eso su mañana es gris y estéril.

Volver, eterno retorno. A las fuentes, a los orígenes, al comienzo. Cuando no había nada pero estaban las semillas de todo. Y es que sólo volviendo al principio puedes nacer de nuevo. Entonces la renuncia se habrá transformado en gozo, y el sacrificio, en premio.

¡Si tú supieras cómo es la música de las esferas...!

*Y como está compuesta
de números concordés, luego envía*

*consonante respuesta,
y entre ambas a porfía
se mezcla una dulcísima armonía.*

Orden, proporción, ritmo, equilibrio... La esencia del hombre son los números, y su existencia, el cálculo; pero hay algoritmos que sólo se gestan en el vientre de la inspiración y así nace la belleza, como criatura libre para seducir a los sentidos, engañando a la inteligencia.

La calculadora no sigue el razonamiento porque los japoneses sólo la han programado para una capacidad de estímulos normales de ejecutivos limitados por roles de eficacia y fiebre de consumo.

*Aquí la alma navega
por un mar de dulzura, y, finalmente,
en él así se anega,
que ningún accidente
extraño y peregrino oye y siente.*

Es necesario volver a la negación de todo para encontrarlo todo; hay que alejarse de todo para aproximarse a todo; hay que renunciar a todo para poseerlo todo. Mirando y viendo, oyendo y sintiendo, tocando y poseyendo.

Y dejar que los sentidos evalúen, con la información facilitada por el deseo, la realidad soñada. Puro placer, sólo gozo, pero no se vende en el Corte Inglés.

*¡Oh desmayo dichoso!
¡Oh muerte que das vida! ¡Oh dulce olvido!
Durase en tu reposo
sin ser restituído
jamás aqueste bajo y vil sentido.*

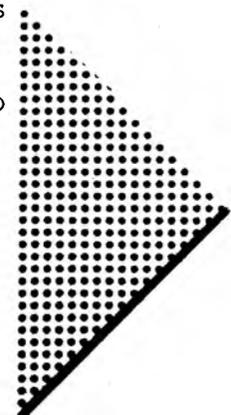
Del "ethos" al "pathos". La puesta del sol dura lo justo para extasiarse sin llegar al desmayo, para gritar sin enronquecer, para besar sin hacer una locura, para planear el suicidio sin ejecutarlo.

También es el tiempo necesario que emplea Selene para enamorarse de Endimión, y el espacio que necesita el místico para vivir la experiencia que le pone en los umbrales de la eternidad, y el plazo que pide el apasionado para dar el paso definitivo.

Después, despertamos.
*A este bien os llamo,
gloria del apolíneo sacro coro,
amigos a quien amo
sobre todo tesoro,
que todo lo visible es triste lloro.*

Vayamos, pues llama el Maestro, y escuchemos... Puede ser un organum de Perotin, una antifona gregoriana, un madrigal de Gesualdo, un motete de Victoria, una partita de Bach, un cuarteto de Beethoven, un aria de Mozart, un lied de Schubert, unos coros de Verdi.

Si me apreciáis, escuchemos lo que os pido, y luego hablamos, si es que seguimos con sentido.



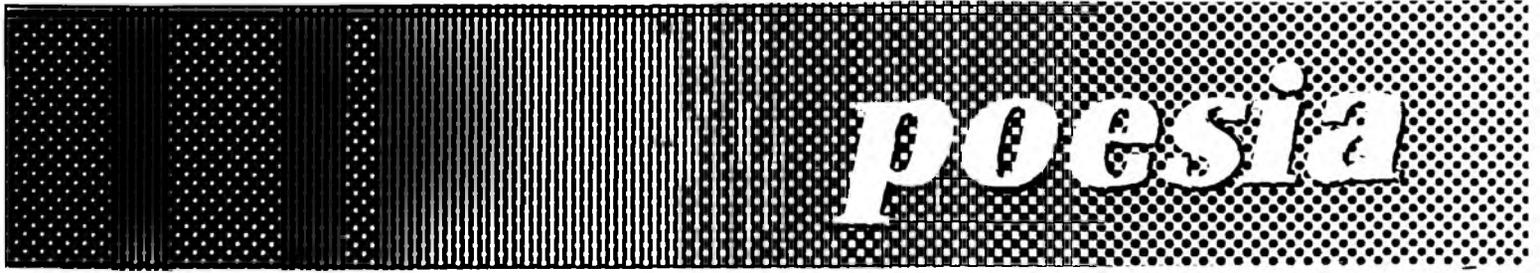
*¡Oh, suene de continuo,
Salinas, vuestros son en mis oídos,
por quien al bien divino
despiertan los sentidos,
quedando a lo demás adormecidos.*

Sólo en el arte encontrarás la salvación, porque sólo allí vive la belleza; él completa nuestras limitaciones y nos purifica de nuestra insensibilidad; colma nuestra medida y nos aproxima al gozo puro -sólo contemplación- y a la entrega total -sólo vivencia- al tiempo que el alma ensancha sus medidas y los sentidos aprenden otros cánones.

Mientras que mantengas en presente el escalofrío de tu ser ante el recuerdo de la primera experiencia, tu alma será mensajera y testigo del Espíritu. Y él es la Verdad, porque es la Belleza.

Francisco Javier CAMPOS





poesia



CREADOR PURO

A Miguel Navarro

e derrota el silencio e ilumina sus bosques
quien en silencio
-desafiando brumas y cerrojos-
construye su panal enamorado
y se entrega tenaz a la tarea
de darle luz y cielo a su delirio.

Todo lo que es verdad sólo se gana
con alientos de amor y de renunciadas
y con el alma puesta en la locura
de inundar de amapolas
los desolados campos de la vida,
dándolo todo en cada trazo,
dándolo todo en cada fruto
-amarillo y ardiente-
que ha de llenar de gloria los espejos
de los sensibles y cabales
y hasta de los que nunca fueron viento,
ebrio de estrellas y de lluvias,
rendido a las llanuras de lo puro.

Vicente CANO



R

Thou wast not born for death, immortal Bird!
No hungry generations tread thee down..

John Keats

Recorrerán el páramo,
guiados por las huellas de antiguos cazadores,
con los perros helados de su consciencia alerta,
para alcanzar el vértigo de su propio lenguaje.
Pero no será de ellos la rama con más aire,
donde la presa canta
ese olvido que es forma de su música ardiente.
Y no será de ellos,
como no lo fue nunca,
el ruiseñor que sueña su poder en la rama.
Pues sombras tiene el canto
que sólo ve el amor.

José Carlos COMITRE HERRERA





RIO

Este río que soy, gris y anodino,
zigzaguea,

se aturde,

olvida,

sueña,

recompone su historia como un niño
el puzzle del recreo,

concelebra

con los astros y el cielo azul la vida.

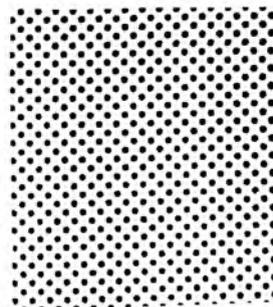
Este entrañable río, ¿a dónde ira?,
¿en qué lejano mar -¿lejano digo?-
volcará los tesoros de sus años,
tantas dulces monedas de alegría,
el cauce de sus sueños, la arroyada
de la memoria, ¿a dónde
todo el caudal de vida que atesora?

¿Será concluso el tiempo de la dicha?
¿Habrà al final un árbol para siempre
caído

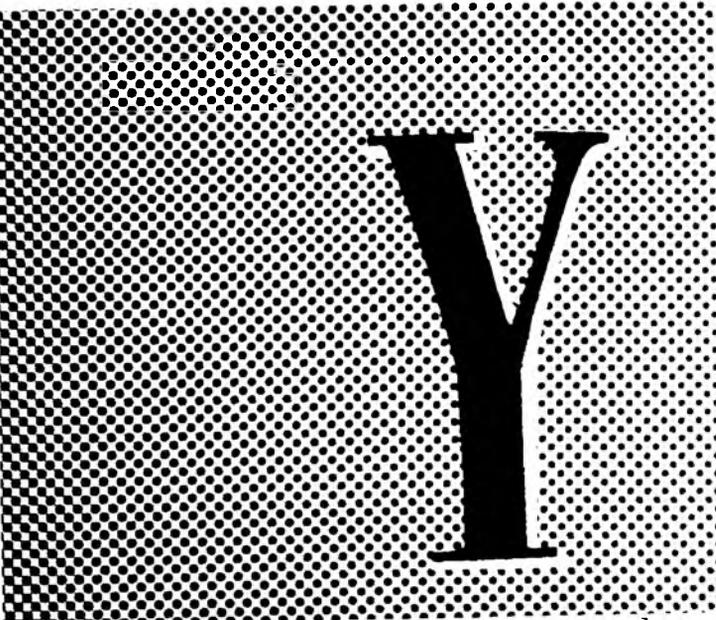
y habitado de carcoma?

Este río que soy sueña y se afirma
en seguir siendo río
más allá de sí mismo,
más allá de sus aguas,
más allá de sus sueños,
más allá....., más allá.....

Lázaro DOMINGUEZ GALLEGO



CRONICA AMARGA DE UN DIA DE MARZO



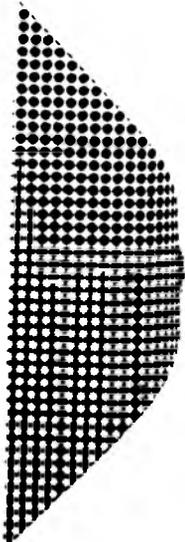
Y

SUCEDIO que viendo
el respirar de marzo en los linderos,
y como de hablador se nos echaba encima
con su verdín seguro
y sus almendros fáciles y blancos,
dejé de barbechera
la palabra común pues ya no había
razón para salvarnos. Y eché a andar
por las calles más íntimas del pueblo,
tan sonoras de pascuas familiares
que podrían alzar ante sus puertas
un domingo de gloria y reolada
de sol y despedida.

Confieso que no pude mirar cómo la tarde
se escondía del rito destriunfal
de darle tierra a un cuerpo
anegado de muerte hasta los límites
de la sed.

Pero ocurre que tan solo
me estoy quedando
que acaso sea inútil recordarme
que el agua sigue al sol poniente en reolada.

Sostenedme con flores las cercas olorosas
de este pueblo cimbel
por donde un niño, limpio de mañana,
coronaba con sueños los guindales.



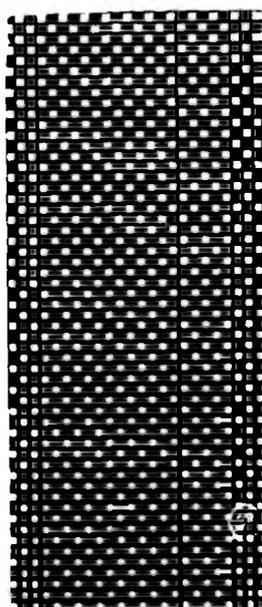
Pero la muerte no es un sol.
A veces alguien deja sus señas cuando acaba
y exhibe la insolencia del silencio.
Y uno lleva la mano hacia la frente,
rebusca en sus arrugas un milagro veraz,
el peso de los jueves en la huella infantil
de la pedrada, el zumo
de las ovas del río y las cerezas
del huerto inmarchitable;
Y aquella mula que tiraba del carro, Dios
y párate, maldita, antes del puente,
todo Pisuegra y río,
antes del parto pertinaz del agua.

¿Por qué me vuelven mozos del campo con sus mulas
y la canción de labio vespertino
si ya ni mulas
ni las torres de aquellos mozos llenan
el hueco de las tardes?
¿Por cuánto tiempo pasará la luz
de aquel mirar por estos ojos?

Sucede, tristemente, que a este pueblo tan alto
vengo tan sólo en tardes de renunciadas. Y toda
su tierra es una zanja mínima
para acoger a muertos que tiran como locos
de mi vida y reclaman
la sombra compañera que le dieron.

Y ya con la cordura
que da la soledad, creo que hemos
ido muriendo juntos
allí donde las tardes apenas eran más
que el grito de una zanja abierta
en la raíz del campo,
y el sol -de malva y despedida-
presagiaba indolente
la lluvia que hoy nos moja.

Marcelino GARCIA VELASCO



EL MUNDO QUE PUDIMOS LLAMAR NUESTRO

(Premio de poesía "José Antonio Torres", 1.993)



"Envíame una carta, aunque se pierda"

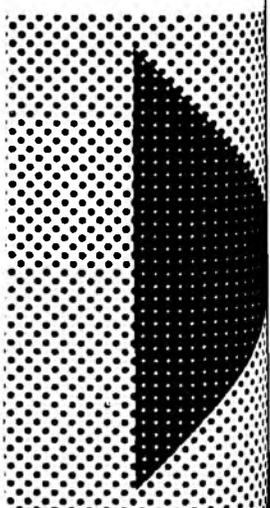
(B. Sarasúa)

ENVÍAME una carta, aunque se pierda.

Envíame unas velas encendidas, no sé,
un monte por ejemplo, que me mire desde arriba,
la luz en un racimo de sangre enamorada,
un torbellino, la hojarasca; todo
cuanto escapó al sigilo de las llaves;
el viento que en ti duerme y sueña con la tarde,
las riberas, el polen.

Envíame sonatas, pergaminos,
el roce de la mano prendida a tu caricia,
la palabra callada que al fin me restituya
lo que pierdo al hablarte, el tiempo del delirio;
tu cuerpo desnaciéndose en mi piel
como un terrón de azúcar en el café caliente.
Capiteles corintios que apuntalen
esta luz de la tarde
que resbala.

Aquel ímpetu urgente de caballos
hacia la roja exactitud del día,
imágenes del tren, un libro de poemas,
algo de Brahms o Beethoven,
el mar en su epicentro, la alameda,
el alma de la garza, del Kiwi, del rubí,
de las puertas abiertas y del aire,
la huella de las vidas que tu piel ha atrapado
y ocultado en su red por una noche
sin que nunca mis dedos llegaran a tocarlas;
figuras de la niebla, los abrazos,
la fiebre de los prados, el verde de las eras,
el olvido, ese ser
que se acuesta a tus pies y te lo cuenta todo.
Banderas, sin mancharse de colores,
que se puedan pintar como se quiera,
el sabor de tus labios y su olor a café,

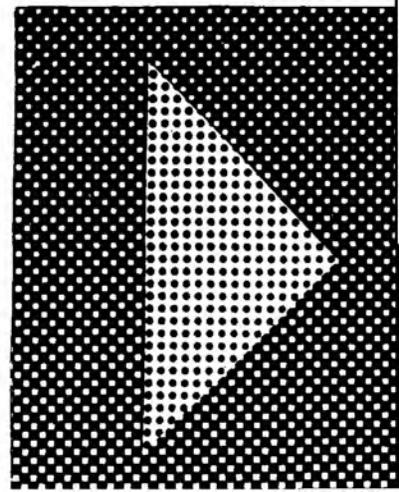


el cielo despejado de tu boca;
esa paz de tenerte, como siempre en las manos,
y el tiempo, y el espacio que son frutas maduras.
Todo aquello que cabe
en mis manos presentes o en tus manos futuras,
por lo que sé o no sé,
del agua que recuerdo o del viento que olvido,
de lo que es tan pequeño como tus lagrimales
o de esa nebulosa que duerme en tu regazo.
Las heridas del tiempo, que una vez alojadas
nos someten aplanando todo vano deseo...
Tu dulzura más tierna y más sencilla
y un "no sé que" infantil, interminable.
Algo de aquel otoño, de cada luz que nace,
la voz que habla y señala,
y se cobra en denarios la nostalgia.
Y sobre todo aquello que todavía no existe,
el lugar más lejano de todo lo que pasa;
una lenta experiencia de cansado septiembre,
lo que se está gestando en esta rabia
que presiento más ancho y más flexible
desde que tú me abrazas.

Envíame las suertes repartidas
y tu adiós en el alba del otoño,
el pañuelo de flores en el muelle,
la palabra...

Qué hacer bajo el otoño
si el aire huele a humo y a muérdago los besos.
Qué hacer cuando un mal aire
de tristeza me envuelva igual que un maleficio.

El mar, de nuevo el mar
o los paseos franceses y sus farolas viejas,
los zapatos vacíos y rotos en el suelo,
los adoquines húmedos del puerto,
andar por los caminos, ya en la tarde,
los maizales dorados, que en la sombra,
vayan oscureciéndose;
la ciudad a lo lejos, el farallón impávido,
la voz de la lechuza, las paredes de piedra,
tal vez alguna excusa
para mirar los árboles del parque,
el pámpano y el trigo, las cigüeñas,
el porche de la escuela abandonado,
el mundo que pudimos llamar nuestro,
el pan reseco y ácido,
que sabe a arcilla y huele a madreSelva.
Y sobre todo aire, sin cauces, aire suelto,
que lentamente se diluya, brasa
nocturna de un cigarro, conjuro improvisado,
de unos besos furtivos en la noche,



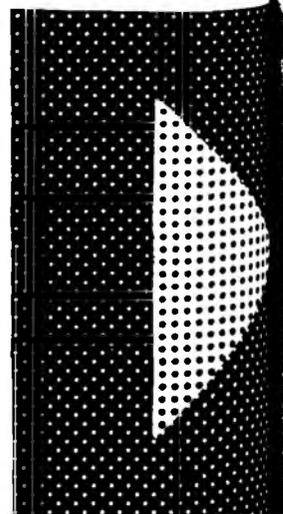
la fría insuficiencia, colgada sobre un mástil,
la sunidad agreste de las altas espumas,
la carrera de un bulto entre las hojas,
la vela a medianoche, el ladrar de los perros,
y la risa de Laura, tu hermana,
que nos mira -ilusionadamente-,
para ponemos nombre, ese milagro
que duerme, hace milenios,
en tu olvidada clorofila...
Y ese cielo de piedra, de piedra impenetrable,
de la tarde en que apenas llora el viento.

Envíame palabras, rizos, música,
la lluvia,
esa quietud que conmueve el silencio,
que barre los recuerdos y nos cansa;
la larga hierba de la planicie muda,
horas lentas, recuerdos,
tu ágil paso,
aquel reloj de bronce que daba nuestras citas,
las callejas sin nombre de los pueblos pequeños,
ese andar a careo por los atrasos,
el olor a papel y el polvo de los libros,
el peso leve que deja la distancia,
los miradores mudos, y tus ojos escarcha
en el alba de los amaneceres,
oro viejo en los trigos de las doce,
y malva en los racimos del ocaso.

El hecho de estar juntos cuando nos separamos
y cruzar la ciudad
callados o encendidos o persiguiendo sombras,
y amarnos sin nosotros, más allá de nosotros,
en todo lo que existe, porque todos los seres
nos miran con los ojos que nuestro amor les abre.

Envíame los sauces, las alondras,
tu voz, los meteoros, las mañanas,
las conchas de las playas, los volcanes callados,
el mismo centro oscuro de la tierra,
para participar
de sus noches serenas junto a ti,
y no quedarme siempre tan adentro y tan solo
cuando mi cuerpo enciende un fuego junto al tuyo.

Y, también, cómo no, cosas de entonces:
lugares sigilosos... Tu amor allí perdido;
esas manos mellizas del crepúsculo,
el olor a lavanda entre las sombras,
tu apellido de lluvias y castañas,
la luz sobre los muebles, el viejo cedro aquel,
rebaños apretados y el frío que conforta,
el río de tus piernas, las estrellas,



los últimos galopes insumisos,
los nerviosos centauros de la tarde,
aquel vestido azul de los domingos,
los polos de limón, las celosías,
los charcos, muchos charcos,
y el amarillo aquel de los suspiros...

Envíamelo todo, en carta bocarriba;
en carta bocarriba escíbeme mañana,
y en claro dime dudas, para yo irme volviendo
poco a poco a tus huellas...

Envíame los ojos más profundos
que nunca me han mirado,
horas buscando sitio en verdes y en azules,
el almiar, las esquilas y el polvo de oro
que antaño cubría la vieja aldea.

.....
.....
.....

De momento la carta, aunque se pierda.

Patrocinio GIL SANCHEZ

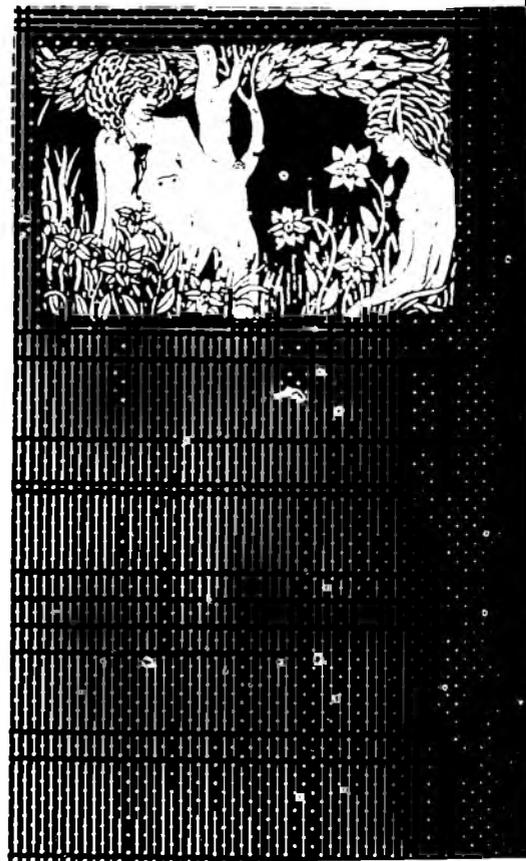


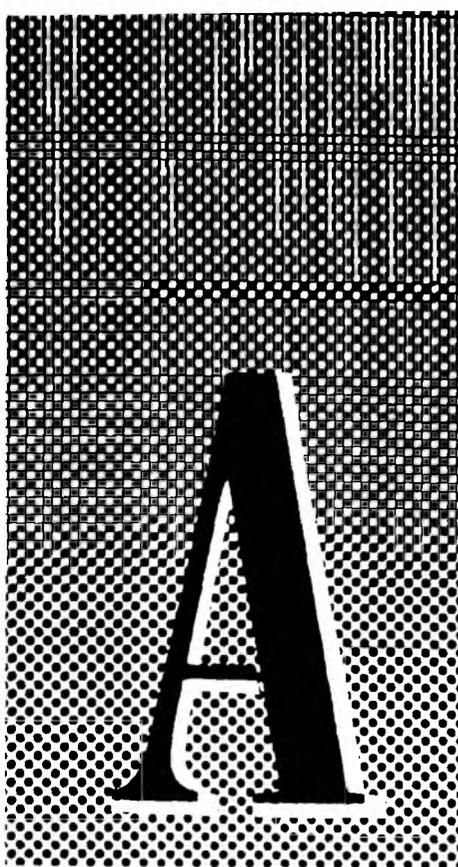
R

CONTRA JAIME GIL DE BIEDMA

Resulta patético verte insomne demasiadas noches,
recorriendo miradas en las barras de los bares,
buscando trabajos de amor disperso.
No sé, en cambio, lo que prefieres:
si el beso y la caricia tenues
en la cintura nunca visitada
o el cansancio de las ropas olvidadas
sobre las tristes sillas de madera.
Resulta patético verte insomne demasiadas noches,
atravesando la oscuridad del tiempo malgastado
que propicia una soledad más grande que la de ser uno
y decora la torpeza del poema escrito con ambas manos.

Luis Ernesto GÓMEZ AREVALO





SABOR A VIEJA TIERRA, SOL Y MAR

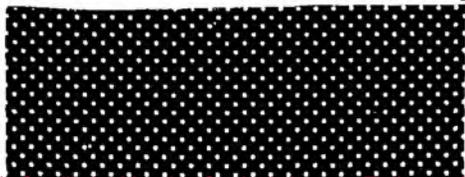
rena roja de la agreste tierra,
seca espuma, mar desarrigada,
aliento de una rosa ya olvidada,
raíz altiva, brisa de la sierra.

Oscuro ocre, suelo donde aferra,
por pátina de siglos conservada,
La Mancha, su corona consagrada,
rojizo revivido que él encierra.

Azul espejo, surco transparente,
penumbra bajo cielos entoldados,
callado vuelo, vértigo aparente.

Cruel sequía, campos taladrados,
sabor a sol soñado y reluciente,
aroma a mares frescos y lejanos.

Cecilic LAGO GONZALEZ



A

(De, SIJO)

quel que canta y tose
a la vez, no soy yo,
es otro que me vino con los años,
con el pausado despertar a tantas cosas.

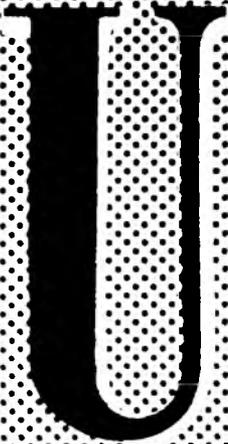
Van para veinte mil ya las lecciones
no aprendidas, más de diecinueve
mil días oteando
los otros el Este por ver si sale el sol
tras un nublado de siglos.

Escuchad ese mundo
que relincha y jadea.
No lo vimos llegar y ya nos lame
una oreja. Escuchadlo pacientes.
Un lustro ilustrará más que mil años;
y al terminar la cuenta atrás de una semana,
expanderán las rosas un perfume de monedas
tantas como nos fueran necesarias
para olvidar el tiempo en que las flores
habían de ser monedas en algunas tiendas.

Era un sueño de amor y despertamos.
No estaba programado en cifras
o en lógica de trueque.

Sal y compra
lo útil, lo censado,
aquello que te otorga poder para lanzarte
por la pendiente donde late el vértigo.
Húndete en ese mundo de galope continuo
hacia la selva silenciosa
donde se domicilian los sueños impagados.
Allí te espera el agua oscurecida
el canto de las ranas
la tos y la malaria entre la hierba
que creció junto al cauce de tus venas obtusas.

L. MARTIN CUESTA

A large, bold, black letter 'U' is centered on a rectangular background of a halftone dot pattern. The letter is a simple, slightly stylized font.

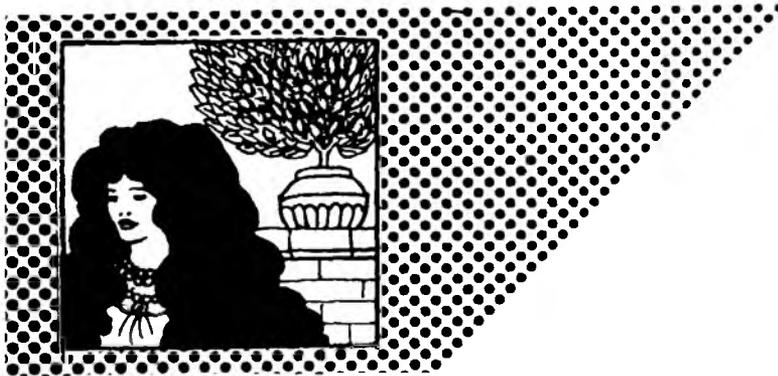
HERIDA

Un dios oscuro derramaba
las semillas de las tinieblas
por las esquinas de la calle Montera;
tan lejos estaba el mar,
tan cerca la madrugada.

Tú venías del fondo de la noche,
sin fronteras que ofrecer a tu ternura.
¿Recuerdas?
Siempre con las manos vacías,
siempre con el perfume de la desolación.

Arropada de oscuridad y escombros,
el tiempo sólo era
la cosecha de heridas sembradas en tu infancia.

Manuel MORENO



TRES SONETOS EXCLUSOS, A LOS QUE EL AUTOR HA PUESTO,
POR RIGORES DE ESTIO, UN ANTELUZ

¿Cómo nació el amor? Fue ya en Otoño.

VICENTE ALEIXANDRE

(LO mismo que una espiga
fue su llegada. Trajo
un racimo de ofrendas
y vuelos en la sombra).



N

UNCA sabrás con cuánta tibia llama
de labio, el pecho al fin su rota espera.
Porque ileso de mármoles ardiera,
sin consumirse, el mundo, tu voz clama.

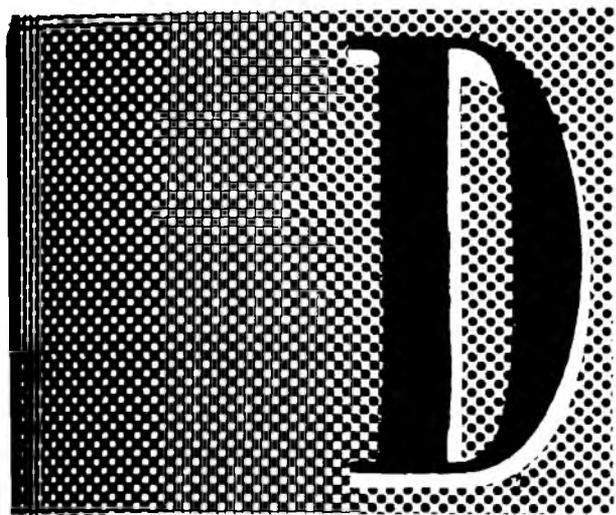
Mas baja también lluvia de tu rama
con que apagar la sed, y en la severa
decrepitud, de invierno a primavera
un venablo de junios te proclama.

Pero pronto abrojal, reseca nieve
te nombra el tiempo, y, cárcel vasta, oprimes,
cuando viento a traspies, ardiente, helado.

De parte así te inclinas de lo aleve;
o tomas, y en caricias te redimes,
mientras tu hueco aún lanza en el costado.



(COMO una fuente vino;
dando frescor al aire
en sequedad, y un ramo
de huellas de su irse).

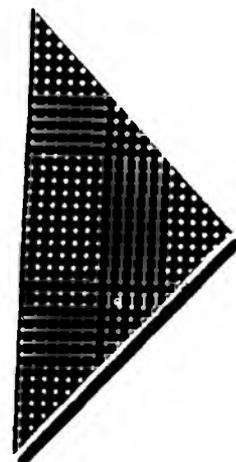


ESAMUEBLE el desvelo su ardedura
pues nunca rosas por cortar, si llega
su guadaña de luz, lisonja y briega,
han de quedar, o alfanjes de temura.

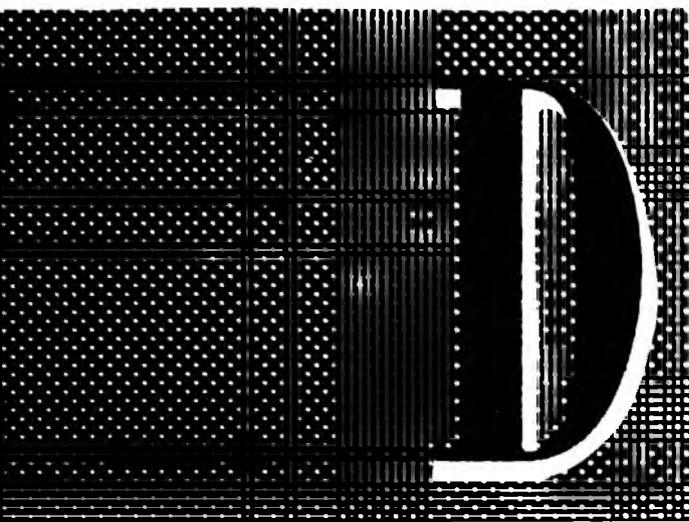
Mas no cáliz de sombra, herida oscura
que de frialdad y muerte el pecho anega,
sino canción; y lámpara que entrega
tras cada huir su nueva sembradura.

Y nunca, así, posible, sin ninguna
vereda, cuánto usurpa o cuánto engaña
saber, y cuánta sed, agua sombría.

O eterno es, pues nada y vida aún;
con su letargo a siglos, rauda entraña.
Como florece el mar: en agonía.



(VOLVIO ya apenas. Fue
un baharí imposible,
agitando al azul
el rastro de sus alas).



E tu más claro empeño de paloma
pareja es ésta paz. Pero no habita
ya por su piel inmóvil la infinita
desveladura, que a lo hermoso aroma.

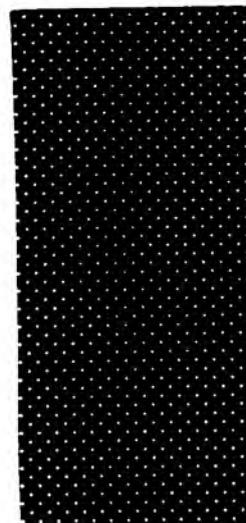
Ya apenas, pues que frágil vuelves, toma
otra voz alba que el temor, ni agita
más rama el viento que la amarga cita
del tiempo con su sino de carcoma.

Mas si el mundo al revés, tras tu andadura,
quién claro si cauterio o si la herida
puede tener, si adulación, si quejas.

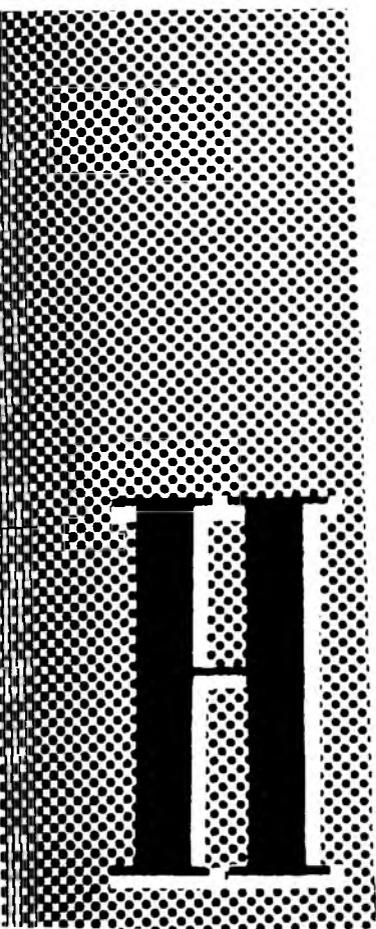
Clamor eres, que albergue apenas dura.
Con qué furor te nombra cada huida.
Cuánto te acercas cuanto más te alejas.



Manuel NARANJO



HAY LAGRIMAS



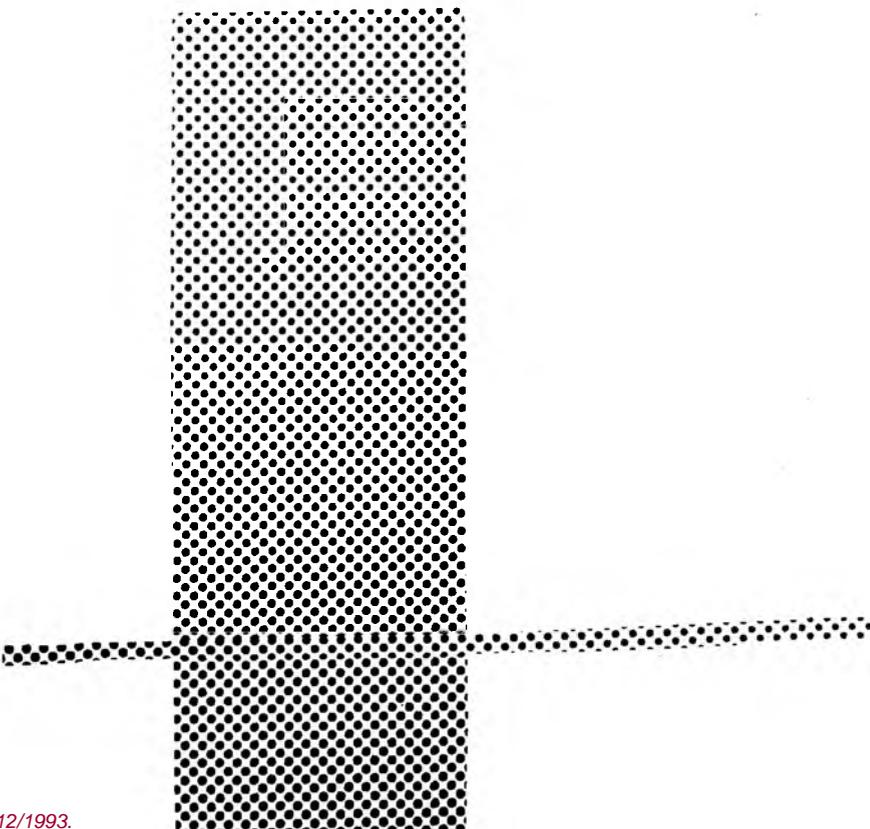
Hay lágrimas que no llegan,
y lágrimas que se pasan de llorar el mundo,
mares de tigres con invisibles desmayos.

Hay lágrimas que no llegan,
y torbellinos de dolor
deteniéndose en el calabozo desconocido
de mis pájaros muertos.

Tengo manías que se destronchan de parquedad
y biblias de peces sin historia.



José REPISO MOYANO



LA VOZ DEL POETA

A Luis Cernuda, "In-memorian"

Cuando la soledad,
Que es profunda,
Tu compañía frecuente,
Mía es la voz que reclama
Caricias que no han de ser.

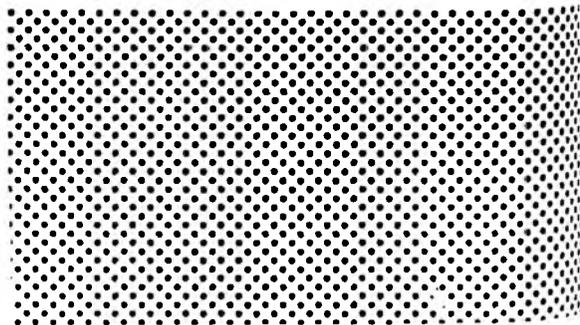
Cuando la multitud,
Que es necia,
Tu compañía evita,
Mío es el grito que desgarrar
Críticas que no han de ser.

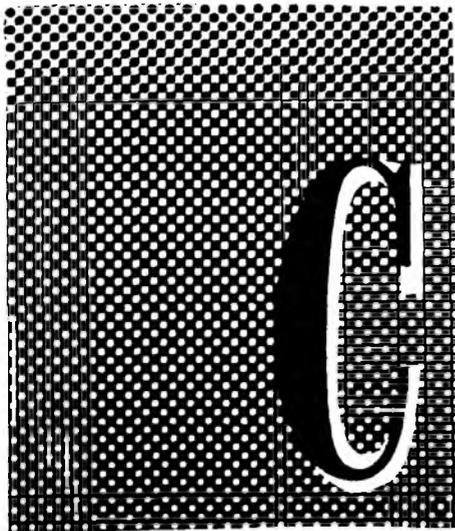
Cuando la realidad,
Que es cruda,
Tu compañía persigue,
Mío es el llanto que diluye
Rostros que no han de ser.

Cuando el deseo,
Que es hiriente,
Tu compañía tortura,
Mío es el susurro que suplica
Cuerpos que no han de ser.

Más allá de soledades en tumulto
Y de multitudes solitarias,
Reclamo mi sagrado derecho de amar y ser amado
Y compartir tu realidad con mi deseo.

Miguel Angel ROMERO DORADO





BARCELONA 1.975

on qué pasión me evocan vuestros nombres
-San Vicente, Molins, Hospitalet-
la luz de aquellos días de rosa y metalurgia,
canciones de Deep Purple y botas negras,
una felicidad sólo inquietada
por cartas de mi madre,
mezcla de admoniciones, amor y algún dinero.

Eran tiempos difíciles, decían
-los hombres, en las fábricas, esperaban la muerte
de un pez gordo en Madrid-,
pero yo los recuerdo turbulentos y lúcidos,
los únicos, quizás, de plenitud
que me ha dado la vida. No en vano
en vosotros dejé lo mejor de mí mismo
-¿me recordáis riendo por Las Ramblas,
inconsciente después de haber robado rosas
venales de un quiosco?-
y mi idea del mundo por entonces:
un andén por septiembre, algo de lluvia
con música de fondo
y trenes que llevaban a bailar.

Pedro SEVILLA GOMEZ



S

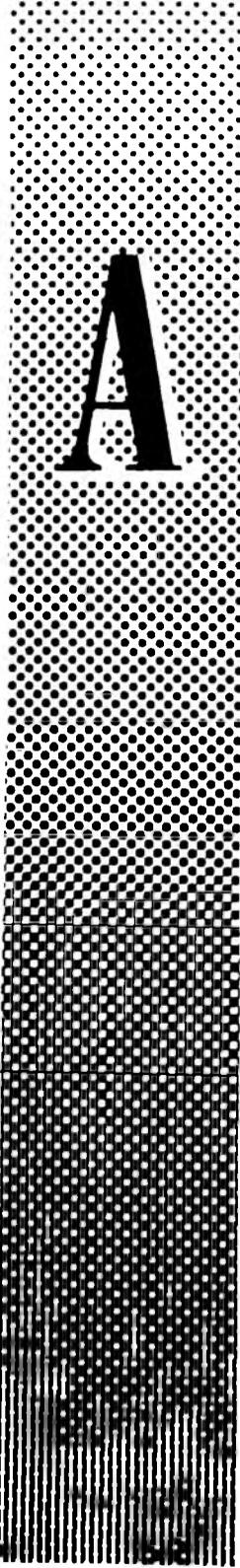
Siempre igual, más o menos deseable,
a veces joven,
más mío cada vez:
un cuerpo.
Qué más da este amor.
Las caricias de hoy,
como hoy las de otras manos,
las ofrecerá el recuerdo
impunemente.
Importa que durante el abrazo
un temblor idéntico al primero,
al que conocieron los lechos en que derroché la juventud,
nos sorprenda.
importa la furiosa confluencia de dos vientres
antes del silencio.
Importa, simplemente,
la sombra que se ensancha en la pared.
Qué más da este amor.

Fernando VILLALOBOS GONZALEZ



narraciones

VIAJE DE VUELTA



A

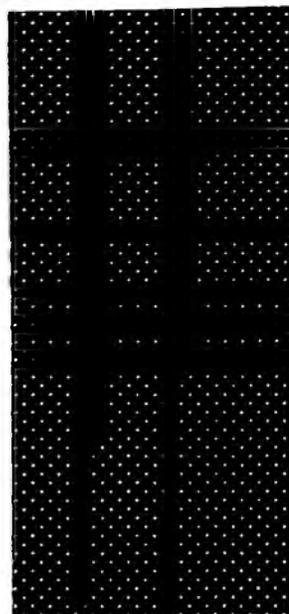
Anselmo había montado docenas de veces en aquel autobús, aquel u otro similar de la misma línea, que regularmente hacía el recorrido diario de la capital al pueblo y viceversa. Habían transcurrido casi cuarenta años desde que saliera de su lugar de nacimiento en busca de una fórmula más continuada con que ganarse la existencia, y jamás se hubo desligado de su pueblo natal. Bien es cierto que no iba, como otros paisanos, casi todos los fines de semana, porque nunca tuvo carnet de conducir ni menos coche propio. No obstante, para las fiestas locales y fechas señaladas, en algunas vacaciones o acontecimientos familiares, la línea de autobuses fue el cordón umbilical que en toda ocasión lo mantuvo unido al pueblo. Únicamente no la utilizó, no la utilizaron cuando ocurrió lo de Elena. Elena siempre quiso que la enterraran donde nació, y entonces acompañaron al furgón en coches particulares, de familiares que habían venido desde el pueblo y de amigos y vecinos íntimos que residían en Madrid.

Habían transcurrido ya ocho años, y también este viaje era distinto, aunque lo hiciera, como siempre en el autobús. Este recorrido es un regreso; hasta la luz esta tarde resulta diferente. Ni conocidos viajan. En cuarenta años, han cambiado tanto los habitantes de los pueblos. Anselmo ha llegado pronto y, cuando le ha dado la maleta al encargado del coche para que se la introduzca en "la-entraña-porta-equipajes-", ha subido a ocupar su asiento, comprobando que sólo hay cuatro o seis viajeros arriba. Mira y no los conoce. "Buenas tardes", ha dicho, por aquello del paisanaje. "Buenas tardes", le ha respondido alguno. Luego han llegado diez o doce más, tampoco muchos, y no conoce a nadie, pero casi todos han repetido el saludo. Es gente joven y de mediana edad, menor o rayando esos cuarenta años que él falta del pueblo. Cuando se han sobrepasado los setenta no se suele viajar a menudo. El podría conocer a sus padres, a sus abuelos incluso. Son otras generaciones. Los fines de semana, siempre va más gente. Un martes cualquiera, como éste, sólo viaja quien tiene necesidad. Y eso que no, para él no es un martes cualquiera. Regresar, como él hace hoy, ocurre sólo una vez. Podía pasar la historia, su historia por aquí, al menos lo más relevante. Pero ¿tiene él historia? ¿Tienen historia los pobres como él? Casi se hace en voz alta la pregunta. Leche, que tonto se

pone uno. Mira al joven que ocupa el asiento de al lado, por si acaso, por si en verdad le salió el pensamiento sonoro. No, el muchacho que va junto a él, ni se ha inmutado. Es seguro que no tiene ganas de hablar. Lleva un libro, lo ha abierto y se ha puesto a leer enseguida. De cualquier forma, da lo mismo. Tampoco podríamos hablar de mucho. Un viejo y un joven desconocidos no suelen tener temas comunes. Los viejos hablan con sus nietos mientras éstos son pequeñitos y los sacan de paseo. Carlitos ya habrá salido del colegio, seis años y, hay que ver, desde los tres ligado a las obligaciones. A Anabel la recogerá su madre en la guardería dentro de media hora; tres años, y ya lleva dos allí, los matrimonios de hoy. Los matrimonios, no, la sociedad. Ganan poco, aunque trabajan los dos... Si estuvieran mejor preparados... Siempre se lo decía a Carlos. Podía haber conseguido algo más en sus estudios, pero se empeñó en no seguir... Y, claro, tuvo ella que ponerse a trabajar también en cuanto nació la segunda. Si no andaba siquiera cuando la llevó a la guardería. Y menos mal que es del estado y no le cuesta. Lo malo es ahora, cuando dentro de poco llegue el tercero. Ya ni trabajar ni nada; es lógico. ¿Dónde va con tres criaturas pequeñas? Ni siquiera a fregar escaleras. Malos fueron aquellos primeros tiempos, cuando se casaron y vino el niño; pero los que se les avecinan no tienen ni punto de comparación. Cinco bocas pidiendo, cinco cuerpos gastando y cinco pares de pies exigiendo zapatos. Entonces todavía trabajaba yo y les podía ayudar. Por eso le dije a Carlos que se casara, aunque no pudiera comprar ni alquilarse un piso, porque hay que ver la vivienda cómo se puso, cómo se ha puesto; lo tiene muy difícil la juventud. Menos mal que yo tenía mi pisito. En el fondo me alegré siempre, aunque tuve que vender las cuatro finquejas de la herencia para comprarlo. La casa, no; la pequeña casa de los padres, la conservo. Ahora me viene de perilla. Tendré que arreglarle alguna gotera o desconchón en cuanto llegue. Eso es lo de menos; lo importante es que está y que me va a ser útil. Así pueden ellos quedarse ahora con el piso de Madrid. La verdad es que yo lo pensé siempre; bueno, siempre no, sólo unos meses después que Elena falleciera. El abandono en que quedamos Carlos y yo, me apenaba. Ninguno de los dos, ni padre ni hijo éramos hábiles para la casa. La tristeza y la desidia fueron nuestras compañeras más frecuentes. Lo pensé y se lo dije. Carlos llevaba tres años saliendo con Isabel: "¿Por qué no te casas? Podemos vivir aquí los tres. Al fin y al cabo, el piso tiene que ser para ti y para quien contigo se case". Y la chica aceptó. La verdad es que es muy buena. De una familia tan humilde como la nuestra, seguro que la madre la educó desde siempre para la convivencia; jamás hemos discutido. Habremos tenido los roces propios que la diferencia de edad origina; pero no es una chica como la mayoría de las jóvenes de hoy. Eso me ha valido de mucho. Salió a trabajar cuando yo me jubilé, con la pensión no podía ayudarles, les había nacido Anabel, y Carlitos había cumplido tres años. Se agarró al duro trabajo de la asistencia por horas; pero no quedaba otro remedio. Por las mañanas se iba Carlos a su destino, media hora más tarde, ella dejaba a la niña en la guardería y a las nueve y media yo acercaba a Carlitos al parvulario. Así algo más de dos años. Pero les están llegando tiempos diferentes. Dentro de nada les va a venir otro y ya no hay espacio en el piso para tantos. Tres habitaciones -salón incluido-, una cocina y un baño no son suficientes para un viejo, tres niños y un matrimonio joven. Ellos no querían: "Padre ¿qué pintas tú solo en el pueblo? ¿Qué van a pensar? Quédate, ya nos apañaremos". Por mí que piensen lo que quieran. Yo sé que no me va a ser fácil; pero una patata se la guisa cualquiera, y los pantalones y las camisas ya no necesitan plancharse. Aburrirme, no; quedan jubilados como yo, y más viejos, queda todavía mi ambiente.

Y está Conce y su mujer en la vecindad. Concepción y la Hilaria siempre fueron nuestros mejores amigos, juntos desde que éramos mozalbetes, y podrán echarme una mano si algún día no me encuentro bien. No, ¿qué hago yo quedándome con mis hijos y nietos en Madrid? Una cama-tueble en el comedor -como insistía en poner Carlos- es un inconveniente muy grande con un viejo que la ocupe; además, Carlitos está creciendo mucho y les será necesario separar los chicos de las chicas, nazca lo que nazca. De momento, lo que venga, dormirá con ellos en su cuarto, ocupará la cuna que todavía tiene Anabel, y ésta pasará con Carlitos a la cama que yo dejo. Buena está la cosa para cambiarse a un piso más grande, por lo menos un dormitorio más. No, no pueden. Lo que deben hacer es no tener más hijos. Hasta en esto no parecen un matrimonio de los de ahora. ¿Quién se carga hoy de muchachos? Nadie. Bueno, tres no son muchos, la verdad; pero si lo son cuando se tiene un piso con sólo dos dormitorios. Ya me privé yo, ya, y eran otros tiempos; tiempos con pocos adelantos y muchos pecados. Claro que nosotros estábamos solos el matrimonio y el hijo, no teníamos un viejo viviendo a nuestro lado. Pienso si no seré culpable, si al habitar siempre con ellos no les habré privado de libertades y movimientos que hubieran impedido los embarazos. Creo que sí, que tengo un poco de culpa. Antes, cuando vivían en la misma casa padres, hijos y nietos eran mucho más largas las familias; al menos en el pueblo. El pueblo, que ya comienza a verse en lontananza. No le ocurre como a otros, que no los ves hasta no estar encima. La llanura permite kilómetros y kilómetros su visibilidad; empiezas a gozarle desde lejos. Blanco de cal todavía, aunque ya se va perdiendo mucho. Habrá quien se sorprenda de mi llegada, de mi regreso para quedarme. Ten hijos para esto, murmurarán: cuando más los necesitas, ¡hala!, te arrinconan. La verdad es que no, que ellos, ni mi hijo ni mi nuera han pensado así. He sido yo, yo quien lo ha decidido, quien se ha empeñado que así sea. Todavía me puedo valer. Aquí todo está cerca, todo está próximo; tienes al alcance de la mano la amistad y el producto, el entretenimiento y la nostalgia, el poyo de piedra donde tomar el sol con los de tu edad y la silla para sentarte al fresco con los amigos durante las primeras horas de la noche... Y, sobre todo, aquí me espera Elena. Elena, ocho años ya reposando en esta tumba, a la que nunca, nunca, desde mañana, han de faltarle flores, en tanto que los cuerpos; nuestros cuerpos, otra vez consigan la unidad de su entrega perpetua.

Nicolás DEL HIERRO



LA ANESTESIA DEL BRONX

(Premio de narraciones "Francisco García Pavón", 1.993)



Sara o Soledad?. Pregunto y una vez más es mentira. Bajo la persiana para escuchar el chasquido de sus listones al precipitarse y atropellarse unos a otros. En tres tirones la vuelvo a lo alto. Otra vez les inculco la prisa y así cien veces le dirán de mi parte a la tarde que se largue, que emigre, que envejezca con los listones, los pájaros y los abedules del jardín. Todos los hospitales tienen un jardín. Por las ventanas de las habitaciones se filtra su quietud y el canto de los gorriones, pero el olor verde rebota en el vidrio y nunca destierra esta mezcla espesa que, infaliblemente, abofetea cada vez que una enfermera abre la puerta. Hedor omnipresente, ni siquiera suavizado por el tabaco de mi pipa. ¿Por qué me obceco en respirar a solas esta fragancia hospitalaria, esta quietud blanquecina y otra vez esta falsa disyuntiva, nunca domesticada:¿ Sara o Soledad?. No son dos mujeres, no. Sara mujer, Soledad sueño. Nada más. Para siempre. Nada más.

"¿Qué haces ahí desde las seis?". Perfecto estéticamente pleno. Uno mismo frente a sí en el espejo y alguien que interrumpe detrás y te habla, te besa o te apuñala. Pero tú siempre en guardia. Los otros, los alguien que tras de ti se revelan, pueden sorprenderte, pero jamás tus reacciones, tus palabras o tus propios actos te encontrarán desprevenido, porque vives ahí, a poco de un espejo que te ayuda a controlarte, a proporcionar tus muecas y a ponderar tus ademanes. Entonces ya pueden ensalzarte o desgarrarte por sorpresa: tu sorpresa no te sorprenderá, la verás nacer, crecer y morir en tu rostro aunque todo suceda en no más que un suspiro. Cada vez será una persona diferente la que se interese por lo que haces ahí desde las seis. Pero tú, que en vano te empeñarías en hacerles comprender que siglos ha que nada haces, que salvarás en broma el momento explicando que el inodoro es el rincón menos hediondo del hospital; tú, que enseguida sales y te reúnes con él, con ella, con ellos; tú -¡oh, sí, tú!- seguro de que siempre fuiste, eres y será el mismo.

"Sólo en ese cuartucho, creedme, puedo refugiarme del olor a enfermo". Su mujer, su hermano, sus amigos, sonrían y disculpan, claro, la poco delicada manera en que hace un rato les invitara a abandonar la habitación. Desarropóse, levantóse de la cama y, llegándose a la puerta, la abrió con la diestra mientras su siniestra dirigía la circulación de las visitas en sentido obligatorio hacia el pasillo. Reacciones como ésta, rematada con un portazo, son las que, en derroche de cariño y amistad, perdonamos y comprendemos de todo ingresado.

Frutos del cansancio, el dolor, el encierro, los nervios y el pánico, sobre todo el pánico. *Para prueba le aguarda al pobre mañana. Un corazón nuevo. No, mujer, no es un corazón nuevo, sólo le implantan una válvula artificial. ¿Sólo, dices?, pues eso, al cabo: andar con un corazón de plástico, vivir con un postizo, como quien dice. Y el tío tan entero, tan callado pero tan de una pieza. Debe de estar roidito por dentro porque rumiar, bien ha de rumiarlo. ¡Raro es que no se haya desmoronado antes, el pobre!. ¿Quién dice se ha desmoronado ahora?. Sólo necesita estar tranquilo un rato. Las visitas, en nuestro afán de acompañar y distraer, acabamos por aturdir e incordiar, ¿no creéis?. Pero entremos de nuevo, que en el fondo le hace falta compañía y enseguida llega la bandeja de la cena... Vaya, ahí le tenéis: Narcisito contemplando en el espejo su bonita cara. ¡Qué pasa, cuentista!, ¿va a decirnos que nos despides de un puntapié para lanzarte besitos desde las seis?.*

Hélos ahí, ocupadores estratégicos de la habitación. Dispuestos para posar, mientras el óleo se fija al lienzo, podrían hacer tiempo e invadir la monotonía del pasillo con un partido de hockey, o agotar la longitud del corredor disfrazados de banda municipal. Sara, Andrés, Claudio, Elena y él, exprimiendo todos los rincones tolerados por la perspectiva académica de las Meninas. En el plano de fondo, los gorriones y la quietud crucificados en los listones de la persiana y santificados por los últimos ramalazos de luz. Siempre una y la misma ausente: Soledad que, si mujer fue, hoy es sueño. Un lienzo como un ajedrez en perspectiva. Un rey enfermo. La corte de los visitantes móviles, desplazables aquí y allá, delante o detrás. *Te quiero, te apreciamos, te amo, todo saldrá bien. No vas a enterarte de nada. Estos cirujanos son como mecánicos. Cuando despiertes te habrán daído el cambiazo, pero tendremos que jurártelo para que lo creas. Venga, dejaos de chorradas, que parece que estáis consolando a un bebé. Con tanto melindre acabará cagándose en los pantalones.*

Pudo tener cabida Soledad, pero en otras Meninas. Si Soledad mujer -como en Nueva York, como en esos meses enterrados de...- entonces ni Sara, ni Andrés, ni la fidelidad eterna de Elena y Claudio. El rey estuvo a punto de hipotecar su reino y renunciar a sus visitantes, para naufragar en las avenidas movedizas de la metrópoli totémica y descomunal. Tú, investigador de biblioteca, que logras por fin para tu aula y tu despacho un cartel de cerrado provisional y recibes de mano de Ariadna el hilo que te conduce allende el mar. Allí te aguarda, sociólogo y antropólogo de tesis repetidas, la jovial promesa de un trabajo de campo, que embestirás con tu euforia y tu miedo. Pero no hay un poblacho tribal, no: es el Bronx. Es el feudo y paraíso de hombres oscuros que ametrallan de inmediato tus lentes académicas y, mientras las trituran con sus pies, te condecoran con mil interrogantes, sin respuesta en tu archivo, fraguados al ritmo de un espiritual negro.

Quando tropiezas con esa mujer en la escalerilla del avión, no sospechas que juntos llamaréis a tantas puertas ni que ella, como experimentada maestra cerrajera, abordará los más hondos capítulos de tu corazón. Soledad y tú tomando el pulso a la ciudad. Ella con lamentos lorquianos bajo el brazo, refrescados para ti en esta acera o en aquella plaza. Tú despojándote progresivamente de las imágenes turbias condensadas en el espejo de la literatura socioantropológica. Soledad redimiendo tus complejos, concediéndote la mitad de su tiempo -hurtado al hospital- y la totalidad de su



vida. Soledad extendiendo sus hombros y sus muslos para embalsamar tus lágrimas y resucitarte de noche tras los días tozudamente herméticos del Bronx en que ella no había podido acompañarte. Soledad, alivio y nodriza, amenazando siempre con conducir a pique tus intuiciones relativistas, tus largos años de pupilaje, embarcado en el apasionante proyecto de rodeo antropológico, exhortándote a sucumbir ante la invocación ancestral de aquellas gentes, tan paradójica como amenazadora en medio de una ciudad epidémica. Fundirse al calor de esas voces abismales, que salpicabais con vuestros tarareos meridionales y tectónicos de la *nueva trova*.

Una tarde de sábado en Nueva York. Un museo de ciencias naturales. Una sección de biología humana. Una sala de espejos de todas las curvaturas. Una beca a punto de expirar. Soledad coquetea lúdica contra los paños acristalados. Se contorsiona para acentuar las despiadadas deformaciones cóncavas y convexas. Nariz kilométrica, tobillos como troncos, cintura serpenteante. El, reverente, se cuadra ante su propia imagen; explora los ángulos desde donde retar glorioso a aquellas distorsiones grotescas. La apresa por detrás y acomoda un beso escultórico a su cuello mientras desentierra para sí las mismas promesas de los primeros días, de esos días en que sellaban las cláusulas de entrega provisional. Amarse sin medida hasta donde diesen de sí los límites de la ciudad. Fuera acechaba la infidelidad y el remordimiento. Hay otro, hay otra. Por eso aquí y ahora, jugar a ser amebas, elásticas amebas que todo lo asimilan, lo asumen y lo olvidan. *¡Baila Soledad! He de volver para nuevas sesiones de lienzo. No cese tu danza. Atiza firme el suelo como si esorbases, como hemos aprendido.* Un giro de noventa grados le entrega una reproducción bufonesca de sí mismo, gordinflón y achatado como por una prensa gigantesca, como si de cada costado tirase una de las dos mujeres. Sería su última concesión a la incompuesta. Desde mañana, en el avión, ya no habrá dos mujeres. Una y un sueño. Control, control, control.

"¿Y será con anestesia general?" "¡Carlos, coño, que es el corazón, no el dedo pulgar!"

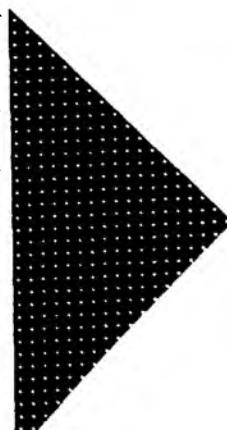
Ser, en todo momento, plenamente consciente, dueño y señor de las palabras. Entregarme a mí mismo el decálogo de la ley. No hablarás dormido, no exteriorizarás tus pesadillas. No dejarás escapar su nombre al besar, al hacer el amor, al rozar el éxtasis. *¡Eso es: eludir el éxtasis para no relajar la retaguardia!* No te embriagarás ni consentirás que te hipnoticen. Huye de los psicoanalistas y de los padres espirituales. No sucumbas siquiera a los amigos fieles. Los recuerdos no aflorarán a mi rostro, no enturbiarán mi sonrisa ni ensombrecerán mi fisonomía. *¡Ay, Soledad, Soledad!, ¡cuánto más desconfiaba de tus fuerzas que de las mías!* Pero el amor fue nuestro y sólo nuestro ha de ser el dolor. *¡Oh, Dios, cuántos años hace que renuncié al imposible olvido!* Cultivar un amor interior, de imaginación y recuerdo. Un amor de apellido urbano, que mora hoy tan sólo en la jurisdicción del sueño.

Primero: la operación ineludible. Segundo: anestesia general. Todos pululando alrededor, esperando con impaciencia que recobre el sentido. Yo, desnudo en la resaca de la anestesia, resignado a ser vulnerable y torpe durante un paréntesis impreciso. Mi alerta general, de huelga, hará la vista gorda. En un segundo podría sacrificar mi prudencia de años. *¿Qué nombre gritaré en mi inconsciencia?. ¿Qué escenas reviviré en alta voz?. ¿Aceptarán achacar al delirio todos mis graznidos incoherentes?. Andrés, Andrés, hermano mío, quisiera que tú sólo velases esas primeras horas, sordo a cuanto acaso escuches.*

Impide tú que Sara esté presente, pues no hay razón para que en su retina hayan de registrarse imágenes tristes. Sí, Andrés, a ti me confiaré. Fingiré que participo de ese miedo vuestro por mi vida y te encomendaré así la felicidad de Sara, que ha de empezar negando a sus dulces ojos mi cuerpo a medio gas. Se que te enorgullecerás de ser mi confidente, aunque siempre te transmito mensajes incompletos y tú sólo imaginas y respetas, pero nunca comprendes. Se que te cuesta descifrarne y que por ello me veneras como a profeta o como a dios. Tampoco esta vez declinaré ante ti, ni me transmutaré en diosecillo menor de panteón, travieso, dócil y sentimental. Por eso jamás te hablaré de Soledad: pese a mis esfuerzos concluirías que fue una hermosa aventura, y nada más falso.

Claro, Sara, claro que he llegado a preguntarme qué ocurrirá si muero. Mucho sufrirás pero sabrás sobreponerte. Andrés, ya soy aún la verdad y la verdad no muere nunca: muda sus ropajes, pierde la carne y se torna recuerdo, o acaso se encarna en otra persona, en otro hombre, que vendrá a ocupar el vacío que yo dejé. No, la verdad no muere salvo que ella misma se suicide. Sólo si Sara descubre lo que oculto perderá su verdad, me perderá a mí. No, no me asusta morir, a menos que mi herencia hayan de ser unos balbuceos delatores que condenen a Sara a vivir en el tormento, en la nada llevadera sospecha de una verdad esfumada. ¡Ay, Andrés!, tú quieres que vaya relajado al quirófano. Sin embargo, he de extremar las precauciones, ahora que, en la eternidad de la espera, la fiebre parece galopar por mis sienas y la niebla amenaza mi vista. Ya no discierno con nitidez a quienes merodean por esta habitación. Malditas píldoras que quieren un indefenso prematuro. ¿Quién entra?, ¿quién sale?, esta mano es tuya, ¿verdad, Sara?. Sara, mi amor, dime que aún soy discreto, que no suenan en alta voz los que pretendo mis pensamientos. Sara, mi niña, que ya no soy centinela de mi vida y de mis sueños. No te tiznes, amor, con mis desvaríos, sospecho que comienzo a no ser yo. ¡Sara! Mis sueños no...

Una enfermera con indumentaria de quirófano empuja una silla de ruedas hasta los pies de la cama. Sara besa con emoción y solicita permiso para acompañarle hasta el quirófano. Con el pelo disimulado bajo el gorro de plástico verde, la cabeza de la sanitaria asiente. Mientras avanzan por el pasillo, camino del ascensor, Sara se compadece de verle palidecer de aquel modo. Un silencio une y desata a los tres. Sara, respetuoso tributo al reclamo sordo de la muerte. El hombre, calculador, silencio prematuro en una pesadilla anticipada a sus predicciones. Severo ensimismamiento va a ser preciso, que ya su cabeza se desmanda en atroces desvaríos, presentándole escoltado por las dos mujeres que ama. No abrir los labios, no musitar una palabra, un nombre, no rebasar los límites del sueño. No traicionarme, no vendeme. Dos figuras difuminadas vagan en torno a él por esa tierra de nadie en que ambas son modeladas de realidad y sopor. Pero yo puedo, yo sé contenerlas aisladas, así, una a cada lado, una a mi izquierda y la otra a mi derecha. Quizás en este momento manipulan mi corazón los cirujanos, o tal vez ya han concluido. No he sentido nada. Ellos afanados en sus filigranas y yo ajeno a su quehacer, empeñado en mis sueños, que esta vez son trampas. Haceme creer que estoy entrando en el quirófano, ahora que todo ha acabado, para que yo me delate y revele mi confusión al ver en torno a mí a estas dos mujeres. Pero no, yo sé bien cuál puedo acariciar al despertar reclamando su nombre. En cambio tú, mujer anónima, sólo moras aquí, en mi sueño. Ven, acércate, dama innombrable, deja que



te roce en este nuestro territorio ambiguo del recuerdo. Ven, deja que recorra tu inexistencia, todo tu ser pretérito, ahora que presiento el final de este letargo y me invade la pereza del despertar.

La dama de verde oculta a Sara su mano, nerviosamente asida por el enfermo mudo. Se adhiere con humildad al silencio, en el que se adiestra desde hace años y que aquel día había osado profanar durante unos minutos: los necesarios para conducir al hombre desde su habitación hasta el interior del quirófano. Una breve tregua. Luego, presenciar la anestesia y sumergirse para el reencuentro habitual en la profundidad del sueño. Velar durante la operación y enseguida esfumarse. Pero ni siquiera parece merecer aquella tregua. El hombre, testigo de nada, languidece, incapaz de enfrentarse a lo real. Las dos mujeres desearon la eternidad de aquel viaje de ascensor, pero los dos pisos no fueron eternos.

"¡Estaré contigo cuando despiertes!"- gritó la mujer al hombre que, empujado por la enfermera, separaba dos puertas batientes y se disponía al ritual de iniciar o prorrogar un sueño.

Pablo HERMIDA LAZCANO



**pliego
de
poesía**

ANTONIO GONZALEZ-GUERRERO

LLANTO POR UN AMIGO ENAMORADO



El mar sigue riendo, y las heridas
de la amistad no cicatrizan nunca".

Luis Alberto de Cuenca

Antonio González-Guerrero, autor de este pliego de poesía, nació en Corullón (León) en 1954. Cursó estudios de Filología Española en la Universidad de León y Filología Francesa en Madrid, París y Bruselas. Es Titulado Superior en Estudios Franceses Modernos y Titulado por la Escuela Oficial de Idiomas de Madrid.

Poeta, Crítico y Traductor, ha publicado en poesía los siguientes libros: "El peso de mi sombra" (1980,81,82); "No le pongas grilletas a la aurora" (1982); "Amalur" (1984); "Génesis del recuerdo" (1985); "Memoria de la desesperanza" (1987) y "Poemas del corazón ausente" (1991).

El odio y el rencor no son dos sentimientos conmutables.
(Se lo he escuchado a un hombre que albergaba el rencor
y ardía en odio).
Albergaba rencor contra todos los hombres que lo habían
odiado,
y ardía en odio por el único ser que había querido.

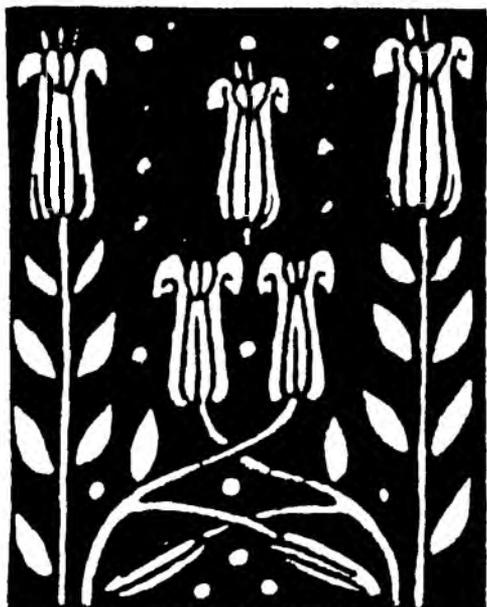




2

Recibes el halago, no como un bien precioso, como un don de justicia a tus virtudes. Has ignorado siempre que no hay virtud alguna que merezca el aplauso de los hombres; o tal vez sí: esa razón de amor que, aun en la adversidad, arrastra a ser con el débil generoso; (Y en esto te aventajan los que ponen halago a tus oídos, porque su único error es llamarle verdad a una mentira a medias). Te engañas a ti mismo si crees merecer el aplauso a todas horas. Un hombre de tu edad debería empezar a ser agradecido.





Siento un odio voraz por aquel que te dije fue mi férvido amante.

Tanto vivo en el odio, que no acierto siquiera a proclamar su nombre.

Siete años fui suyo, porque él es mío siempre; y más en este instante en que hasta mí te acercas.

Siento un odio fluvial de mirlos y loto, por aquel al que un día le abrí los grilletes, para verlo dichoso en sus ojos tardíos, horadando el temblor de una joven muchacha.

Siento odio por él, cuanto por ti cariño; un odio tan inmenso como el rencor que le profesas.

Siento odio por él, e insisto en recordarte que tú llegaste el último.

4

Irrumpiste en mi vida como estalla el relámpago en el bosque.
Franqueaste la puerta sin pedirle permiso al carcelero.
Y te quedaste sin otra condición que tu capricho.
Un día te pregunté: ¿Tú qué quieres de mí?. No respondiste.
Y abrazaste el cansancio como quien huye, al fin, de la esperanza.
Luego resucitaste, cual si una bala te hubiera seccionado el corazón en dos mitades.
Sólo quiero ternura, tu ternura -implorabas-.
Harías bien, yo creo, en ser menos caprichoso.





P use mi corazón a tu servicio y tú lo apuñalaste en negligencias.
Te seguí por los atrios buscando en tu silencio la cordura.
Esperaba de ti no más que una sonrisa; o quizá sí: el beso del hermano.
Y sólo tuve acíbar y veneno en mi copa.
Si ahora te dijera que el corazón es tuyo y que sin ti no existe,
¿cómo lo quebrarías sin quebrarte?
Hay veces que la vida es un puzzle endiablado.
No merece la pena amasar tanto egoísmo.



6

Compartimos el tálamo y nunca quise tu cuerpo, que un altar de vestales consideras.
Tú creíste que la luz de tus manos me abrazaba.
"Si te diera mis muslos te tendría -dijiste- a mis antojos".
Es más fuerte en amor quien más perdona -te susurré al oído-,
y no entendiste
que apolos más lascivos ardieron en mi sangre
y en yeguada de muslos siempre he sido un jinete selectivo.
Es más fuerte en amor quien más perdona.
Y yo te perdoné porque no eres suficientemente hermoso.





7

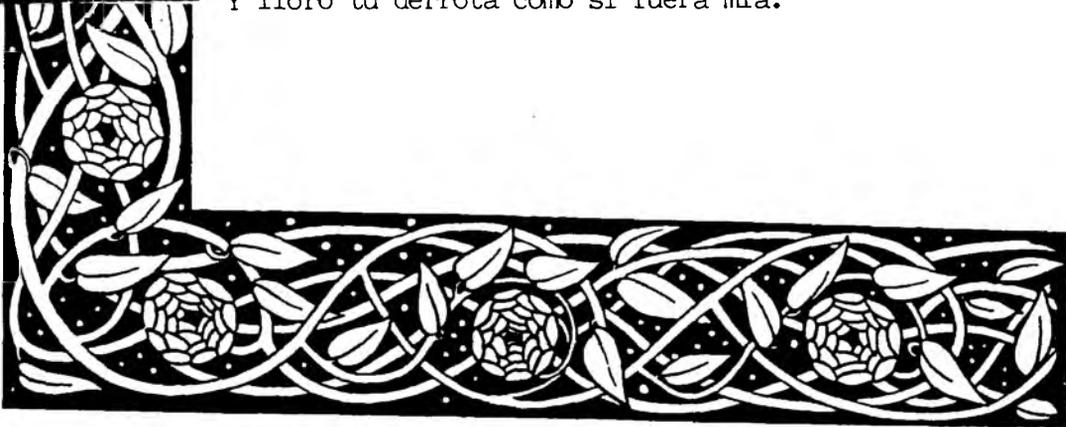
"Soy limpio" -me juraste-. Y yo necesitaba creer en tu nobleza.
"Soy limpio" -repetías-. Y me sentía pobre ante tus ojos.
Eres limpio porque así ha de ser, pero me han dicho los que saben que habito el abandono que frecuentas los cuartos oscuros de los bares y yaces con el último que te ofrece una copa.
Yo se que no es verdad y quiero que no sea verdad lo que me dicen, pero hoy me has sorprendido.





8

Te cumplo de amistad, que en la amistad tan sólo la belleza del alma y la renuncia cuentan. Pero tú anhelabas ser amado en el sexo y tenías la entrega que nunca te he pedido. "Te odio -me escupiste-, te odio por cobarde, por altivo y cruel, porque te crees perfecto". "Te odio" -me decías, vencido a mi clemencia-; y supe que el amor hurgaba en tu cerrojo. Te cumplí de amistad y fue el dolor presente. Y lloro tu derrota como si fuera mía.



**vasar
y
empotro**

EL EXTASIS GOZOSO DE VALENTIN ARTEAGA

Encontrarse por primera vez con Sor Ursula Benincasa -leemos en el pórtico de "Resplandor para un éxtasis" y tal cual lo suscribimos- supone un impacto indescriptible. No se sabe qué hacer ni qué camino tomar. Aturdimiento, quizás, es la palabra. Un aturdimiento envolvente y deslumbrante al máximo. Todo es resplandor en torno a Sor Ursula Benincasa, la "Vidente de Nápoles", la "Teatina extática", como se le ha definido" (...) "Digamos que Ursula posee el secreto de dejarnos desconcertados siempre. ¿Qué ocurre?, nos preguntamos. ¿Qué íntima y misteriosa luz despide esta mujer -cuya vida transcurre en los últimos años del siglo XVI y primeros del XVII- que nos lleva a experimentar, como pocas veces suele hacerse, el tumulto casi escalofriante de las sombras nuestras".

Aproximarse a Ursula constituye, en efecto, una inenarrable aventura que se sabe dónde empieza pero se ignora dónde puede terminar. Valentín Arteaga es consciente de que "tal vez no concluya nunca", y por ello es actual y necesario este libro del manchego sobre la fundadora de la Congregación de las Madres Teatinas, escrito "a propósito y con motivo de una peregrinación alucinante a Monte Sant'Elmo", donde esta virtuosísima "hechicera", alumbrada de Dios y siempre acorralada por la curiosidad y el éxtasis, estuvo cuarenta años de retiro y soledad esperando el encuentro decisivo y final con el Esposo.

"Resplandor para un éxtasis" no es, pese a lo que se podría deducir de lo antedicho -y me parece de urgencia referirlo- una biografía al uso, que hay muchas y ciertamente muy completas, sobre la mística napolitana sino un retrato lírico, una apelación a la ternura y al misterio. Y es justo en ese punto, un punto cardinal y ya anterior incluso a la cosa relatada, un punto genésico en definitiva -pareciera que Valentín escribiera dos veces este libro, en una histerología, que no es tal, puesto que el substrato vivencial y el conocimiento artístico existían previamente, para dejarlo definitivamente concluido en una tercera consubstanciación de la palabra- cuando el poemario comienza a resultar interesante. Cabría asegurar, en consecuencia, que "Resplandor para un éxtasis" ya era un libro interesante antes de ser escrito, o, expresado de otro modo, que es un libro interesante porque el Creador -el poeta- así lo quiso en esa memoria antigua y sempiterna que poseen, precisa, los seres asediados de Dios, los escogidos. Y ello independientemente de su temática o del personaje central, rico en matices, magnífico.

Porque Úrsula Benincasa no es aquí más que un pretexto para acercarnos al resplandor y a los arcanos de Úrsula Benincasa. Dicho de otra manera -y para que nadie crea que hacemos uso de un juego de palabras-, lo esencial del libro, pese a ser muy importante, no es la persona en su contexto histórico o biográfico sino la personalidad consubstancial del personaje. Un personaje que en este caso engloba de manera providencial a la persona, pero que va más allá en su grandeza lírica, y, si se me admite el término, también en su impostura.

La impostura en Sor Úrsula es otro don del cielo, uno más a añadir a su luz impenitente y extasiada. Úrsula está trascendida de Dios, arrebatada, y cuando Dios trasciende un corazón humano todo en él deviene resplandor y fantasía, o ¿qué otra cosa es la intimidad cuando uno la comparte con humilde sazón, cuando uno sueña ser Hostia para poder entregarse resuelta y plenamente?. "*La intimidad con Dios* -habla Úrsula por boca de Arteaga- *se verifica en el silencio resplandeciente*". Y pues "*Sólo Dios nos llevará a donde habrá que ir*" y los designios son inescrutables, El busca en cada uno los modos ideales para mejor servirle.

Los éxtasis de Úrsula, como los de Teresa de Ávila, no son, a mi modo de ver, pura y genuinamente accesos místicos -que existen, parece un hecho- sino más bien arranques divinos, ascesis de una humanidad que se sublima y contagia.

Acaso porque Úrsula, aun en los momentos de fulgurante arrobo,

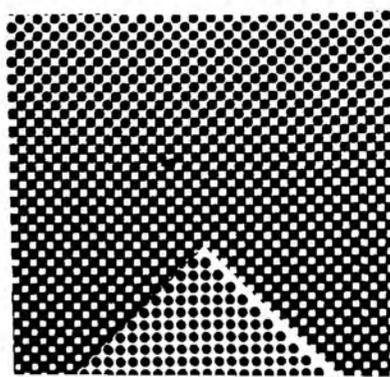
*"Era dulce y serena como las oraciones
del misal. Y alumbraba más que los candelabros
de la noche de Pascua, Cruz y luz repartidas
en los signos gloriosos de su cuerpo maltrecho".*

En línea con lo expuesto hay que apuntar por tanto que "Resplandor para un éxtasis" es un libro difícil. Un libro, quiero decir, de difícil ejecución por su argumento, y que al lector, no obstante, le resulta luminoso -valga decir diáfano- y ameno. En esa luminosidad inteligible o escogida, si se prefiere, radica precisamente la dificultad -doble dificultad- a que aludimos; en efecto, si ya es tarea ardua hablar con ponderación y perspectiva de las cosas arcanas, todavía lo es más hacerlo con claridad, caridad y pericia.

Fuere sólo por ello -y por si alguien dudase aún de esta verdad palmaria- Valentín Arteaga merece ser llamado poeta con mayúscula. Un poeta mayor nacido en gravedad de ensalmo y Escrituras.

Del libro habremos de seguir hablando sin remedio, alejandrina estructura y versos de Pasión estremecida. Pero yo no debo ocupar al lector más tiempo con mis divagaciones, hoy es día de resplandor gozoso, de éxtasis causal y Acción de Gracias.

Antonio GONZALEZ-GUERRERO



SIETE LIBROS ALINEADOS EN NUESTRO VASAR

por Manuel Moreno

SENTIMIENTO, de José Repiso Moyano, Los cuadernos de Corona del Sur, Málaga, 1992.

Un melancólico pesimismo planea sobre este breve poemario del malagueño José Repiso Moyano, apoyado rítmicamente en versos generalmente heptasílabos y octosílabos que le confieren en muchos casos un tono sentencioso que diluye los sentimientos generadores de este libro: la nostalgia y la soledad. La poesía, el amor y un Sur más soñado que real se nos presentan como caminos de redención que nos conduzcan a la solidaridad y a la esperanza. Late, sin embargo, en casi todos los poemas una sensibilidad epidérmica originada, en ocasiones, por la elementalidad de unos conceptos que se apoyan en la facilidad compositiva que el autor manifiesta. Así el sentimiento se transforma muchas veces en sentimentalismo.

LE INSIDIE DELLE TERME E ALTRE POESIE, de José de Miguel, Levante editori, 1992.

Se recoge en este volumen una fugaz antología del poeta cordobés José de Miguel en edición bilingüe, traducida al italiano por Emilio Coco y Michele Coco. Son poemas seleccionados de sus libros: "A orillas de la vida", "Autumnalia", "Lagar de Dionysos" y "Sonetos de amante", asimismo se recogen veintiséis de los ochenta epigramas de que se compone su libro "Insidias en las Termas". Es este un recorrido por la geografía espiritual de José de Miguel, desde la densidad epigramática, plena de vivaz ingenio, lascivia, equívocos eróticos en una tradición culminada por Catulo y Marcial, donde nuestro autor se revela como inteligente cultivador de este difícil género, hasta el desgarramiento de sus sonetos amorosos, en una singladura en la que la fugacidad del tiempo y su poso de amargura son el contrapunto al amor y a la vida.

FISTERRA, de Juana Castro, Ediciones Libertarias, Madrid, 1992.

"Fisterra", título cuyo significado sería el de "Fin de la Tierra" es la historia de un destierro interior, articulada en cuatro movimientos: I destierro, II memoria, III invocación y IV regreso, donde las partes primera y última sugieren idea física de movimiento y las dos centrales de evocación, de búsqueda interiorizada. La autora realiza un melancólico viaje a la infancia vivida, una entrañable y dulcísima peregrinación al paraíso perdido y conjurado por los recuerdos, y una pasión por el paisaje, por la naturaleza próxima a la unción, al bautismo con la sangre de la tierra, en un regreso manchado de recuerdos y de heridas. Todo ello dota

a este poemario en su conjunto de una inquietante autenticidad, una agri dulce sensación de pasión y desamparo. Editada en 1990, esta obra recibió el Premio "Bahía" de Algeciras, el año 1990, otorgado por la fundación José Luis Cano.

RAZONES SON DE ENTENDIMIENTO, de Francisco Toledano, Ediciones Libertarias, Madrid, 1992.

Definitivo comienzo el de este breve pero intenso libro, pulcramente limado, auténtico ejercicio de metapoesía. Anteriores a la palabra son el gesto, los sueños, atrapar la fugacidad de la belleza su ulterior finalidad. Los sentimientos que brotan de este poema apenas son tenues modulaciones de una sensibilidad que sabe arrancar de la naturaleza, de la historia del hombre, principio y fin del lenguaje, los símbolos del tiempo, del universo condensado en un poema o en los ojos de una muchacha. Formalmente es un libro impecable, donde el brío de la imaginación de nuestro autor queda cincelado en un ritmo riguroso, en una adjetivación deslumbrante que transforma en mármol la metáfora y en palabra el llanto y el amor.

EL HORIZONTE DE LA NOCHE, Juan Antonio Marín, Adonáis, 1993.

Hace tiempo que el Adonáis no nos sorprende. Alguien citaba como paradigma de gemela semejanza los premios Adonáis, tenía razón. "El horizonte de la noche", premio Adonáis 1992, de un joven poeta madrileño, es un libro correcto, equilibradamente estructurado en un "crescendo" hacia la luz del alba, ese horizonte al que hace alusión el título del libro y que en definitiva es un trasunto de la vaciedad, de la pegajosa melaza del tedio, de la fascinación por la búsqueda. Formalmente "nihil novum": perspectivismo subjetivista que distorsiona la realidad alcanzando en ocasiones ráfagas de clarividente expresividad, enumeraciones caóticas deudoras del surrealismo y utilización de imágenes y símbolos con cierto gusto neorromántico. No encontramos en nuestro autor cauces expresivos innovadores, ni una mirada reflexiva o un grito que lo diferencie de otros tantos poetas. Del Adonáis esperamos mucho más.

LUNA ESPLENDENTE O SOL QUE NO SE OCULTA, de Ada Soriano, Ediciones Empireuma, Orihuela, 1993.

Ya el título es una magnífica sinopsis conceptual de este bello poemario: la luz, símbolo de la vida, la luz que puede emerger de las ruinas, del miedo, de la sombra. La luz es la vida, la expansión del espíritu. La autora se convierte, en su maternidad, en creadora y propagadora de la luz, en el que en nuestra opinión es el más bello poema de este libro: "He vivido la resurrección/ manaba/ como madrugada/ de mi vientre oscuro..." También es un libro de claroscuros: la finitud, el miedo, los límites del cuerpo, de la mirada, la fragilidad del destino humano, sólo trascendida por la lejana luz de la memoria.

LOS SILENCIOS DEL FUEGO, de Antonio Colinas, Tusquets Editores, 1997.

Esta es la última entrega poética de Antonio Colinas por ahora; estructurada en tres partes, es un tríptico imbricado sentimental y conceptualmente, una meditación encaminada hacia la luz. Si en la primera parte "Homenajes y presencias" es un fervoroso reconocimiento a lugares y autores queridos al poeta y un resignado y sereno escepticismo ante el panorama actual de la cultura occidental, la II parte, titulada "Entre el bosque y el mar", extrapola todo su pesimismo al misterio y el asombro ante la naturaleza que el poeta mira con ojos extáticos, tratando de hallar abrigo en el corazón del bosque, para llegar finalmente a la síntesis conceptual de la tercera parte, "Tierra adentro", en la que naturaleza y esperanza se funden, y el paisaje se hace amor inflamado por los silencios del fuego en un final luminosamente panteísta.





Estos Cuadernos de Poesía y
Pensamiento se editan con el
patrocinio del Excm^o. Ayuntamiento
de Tomelloso.

